



TIERRA

SOBRE LA MEMORIA

ESTELA MELERO BERMEJO

Tierra sobre la memoria

Estela Melero Bermejo

Gracias a mis hermanas y mis padres por estar siempre ahí. A Raúl, Alba y Hugo por sufrir mis ausencias en los ratos creativos. A Paki, Su y Nacho por conocerme y apoyarme en mi loco proyecto. A Ester por ser el rostro y alma de la lucha por los derechos de la mujer. A Javier por su dedicación desinteresada en la creación de esta maravillosa portada. A Paco Arenas por animarme y por su ayuda. A la gran familia que tenemos: gracias, gracias siempre por compartir todo; los valores que se maman en la cuna, permanecen a nuestro lado siempre.

*"No decía palabras,
acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
porque ignoraba que el deseo es una pregunta
cuya respuesta no existe,
una hoja cuya rama no existe,
un mundo cuyo cielo no existe.*

*La angustia se abre paso entre los huesos,
remonta por las venas
hasta abrirse en la piel,
surtidores de sueño
hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.*

*Un roce al paso,
una mirada fugaz entre las sombras,
bastan para que el cuerpo se abra en dos,
ávido de recibir en sí mismo
otro cuerpo que sueña;
mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,
iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.
Aunque sólo sea una esperanza
porque el deseo es pregunta cuya respuesta nadie sabe.*

Luis Cernuda

Luis Cernuda

CAPÍTULO I

LA EJECUCIÓN

Verano de 1943

Arturo pasó entre la multitud, estirando de la delicada mano de su esposa.
—¡Vamos Maca! ¡Date prisa! —exclamó sofocado.

Era primera ejecución que se hacía en el pueblo desde que había acabado la guerra. Desde 1939 no se había vuelto a hacer, pero el alcalde notaba que los vecinos del pueblo estaban descuidando las formas, y había decidido ejemplarizar. Cinco personas de mayor o menor culpa terminarían sus vidas un soleado día de agosto, en la plaza del pueblo, ante la fuente, en una muerte sin imágenes, sin historia. Apenas los chismorreos que los presentes pudieran contar de hijos a nietos en las décadas posteriores compondrían las memorias de aquellas cinco vidas acabadas antes de tiempo de manera abrupta. Dependería de los ojos de aquél que relatara los hechos, que fueran absueltos o condenados, en un segundo juicio de su vida sin consecuencias ejecutoras, aunque sí biográficas. Maca y Arturo se hicieron hueco entre la multitud, y tomaron posición privilegiada.

—Arturo esto no está bien —dijo Macarena, cuyo nerviosismo rayaba la desesperación— sabes que no quiero verlo, es muy desagradable y me da mucha pena por esa pobre gente.

—Maca sabes que no está bien visto que faltemos, que la gente está al tanto de todo, se fijan en quien está a favor y quien no, es muy peligroso que nos vean cualquier gesto en contra de los fusilamientos —dijo en voz baja Arturo, sudando por el calor y el pánico de tener que explicar por qué estaban ahí, de nuevo a su esposa, entre tanta gente que los pudiese oír— ten paciencia que esto va a ser rápido, procura no hacer ningún comentario más por favor.

La multitud empezó a cuchichear, y se oyeron gritos que iban dirigidos hacia los condenados:

—¡Rojo!

—¡Asesina!

Arturo se puso de puntillas y vio como por la cuesta que llevaba al molino aparecía el primero de los cinco condenados, escoltado por el pelotón de fusilamiento. Era un vasco que había pertenecido a los rojos durante la guerra, y que había permanecido oculto en los campos del pueblo, no sin llamar la atención, debido a sus constantes esfuerzos por formar una guerrilla, obstinado con no dejarse imponer reglas, pensamientos e incluso su forma de vida. Había llamado la atención más de lo necesario y de lo estrictamente admisible. La mayoría de los compañeros que habían luchado con él en la guerra, convertidos en fugitivos que no se resignaban a vivir bajo el mandato de los que les habían ganado en la batalla, terminaron muertos en el monte o ejecutados a punta de fusil. Otros no habían sobrevivido a la cárcel porque una pulmonía o la tuberculosis los dejó para siempre en el penal de Uclés. A Luis Echevarría, a quien sus amigos le llamaban Luisito le esperaba la muerte ante el pelotón de fusilamiento, solo, sin familia ni compañeros.

Le seguía Clemente, a quien su propio hermano vendió al grito de ‘rojo’ un domingo por la mañana, durante la misa ordinaria, ante todo el pueblo, los hombres separados de las mujeres en

hileras de bancos alineadas frente a la Santa. Había sido miembro de la orquesta que tocaba durante las fiestas, y se había hecho famoso por sus canciones en el patio de la prisión, canciones trágico cómicas que se esforzaban por disimular la gran herida que la traición le había dejado en el pecho.

Enriqueta caminaba lento, era una abuela a la que habían acusado de asesinato. Su hermano, conocido defensor de las ideas de derechas, había aparecido destripado en la plaza del pueblo, con un machete que él mismo siempre llevaba atado a la cintura. No se habían encontrado pruebas contra ella, pero la voz popular había sido suficiente para arrestarla. Ella se había mantenido relajada, como quien asume de las consecuencias de un acto premeditado, calculado, y realizado con alevosía ‘por el bien de la sociedad’. Había esperado a su hermano a la vuelta del campo, a la puerta de la casa de su novia. Sabía que acudía por la noche a echar algo de comida al cuerpo, apenas una loncha de tocino, o una tortilla de patata hecha con las mondas que su vecina había desechado, y le había dado para echar a las gallinas. En la puerta de la casa de Isidora el hermano había sido sorprendido por su hermana, a la que siempre se alegraba de ver pese a sus diferencias sobre política, y quien lo había apuñalado por la espalda con su propio cuchillo.

Heliodoro, jefe de propaganda y prensa durante la República, había sido arrestado durante 1939, y a punto había estado de morir de una angina de pecho, seguramente por su resistencia en la cárcel a contar todo lo que ahora le llevaba a una muerte pública. Llevaba la cara amoratada y la ropa cubierta de sangre seca, su mirada estaba perdida en algún lugar de su vida en el que fue feliz. Detrás caminaba, cabeza baja, Rogelio el maestro, que había educado con libertad durante la República, y caminaba apesadumbrado por no haberse retirado cuando estuvo a tiempo. Los más radicales del pueblo lo habían señalado, sin pensar que le debían la gran parte de lo que sus hijos, e incluso ellos mismos, eran ahora. No había educado en la política, no había dicho nada a favor ni en contra del Régimen, pero se había declarado ateo, y se había negado a educar en la religión, razón de sobra para ser ejecutado sin más explicaciones.

El Régimen se declaraba católico, y caminaba de la mano de la Iglesia a cada paso que daba, no promulgar la fe justificaba la ejecución. Sus historias, que algunos las contarían por episodios, pero que nadie conocería jamás al completo, tendrían final en unos minutos ante la mirada de curiosos y de entregados a la causa. Era entre obligación y deseo el acudir a esos actos, por esa atracción morbosa que nos incita en ocasiones a ver cosas que realmente no queremos. De lo que siguió no hay mucho que contar, algunas miradas que se cruzan fugazmente, alguna lágrima escondida con rapidez en una manga, unas pocas sonrisas de satisfacción, y la rectitud de los ejecutores en esa faena desagradable pero determinante. Los apresados se pusieron frente al pelotón de fusilamiento, que a su vez tomó el lugar que le correspondía, como si de una obra de teatro ensayada se tratara. El disparo al unísono, los cuerpos al caer, la sangre corriendo en regueros... Macarena bajó la vista y se echó a los fuertes brazos de Arturo, que la abrazó con firmeza sin retirar la vista de uno de los caídos, Luisito. Con él había tejido una sólida amistad hacía un año, ayudándolo a esconderse en el bosque, dándole de comer una pizca de nada, apenas un té sin un terrón de azúcar, un puñado de trigo sin ni siquiera moler; pero recibiendo a cambio historias del frente de la guerra. Hubo tristeza, pero también felicidad en los atardeceres del pueblo, cuando el sol baja colorado sobre los campos de olivos, trigales y girasoles. Había sido justo antes de que lo apresaran, en los últimos meses, ayudándolo a esconderse, cuando a punto estuvo él mismo de ser detenido por aquellos que dan y después preguntan. Aquel día lo escondió en su casa, pues la guardia civil había reforzado la vigilancia en los bosques, al oír a la gente del pueblo hablar de él. Arturo era consciente de que si lo encontraban el castigo sería tanto para

Luisito como para él. Tuvieron la mala suerte de que los militares entraran a casa de Arturo el mismo día. Con la ayuda de Maca, y no sin aguantar su retahíla de temores, lo habían escondido en el armario, en un hueco detrás de la ropa. El oficial lo abrió y apartó la ropa, lo vio pero no dijo nada, cerró la puerta y salió como si nada. Al día siguiente lo cambiaron a casa de un vecino, pensando que posiblemente el que lo había visto recapacitara y volviera a por él. Allí estuvo escondido unos meses, hasta que un día cambiaron a los oficiales al ver que los otros no lo habían encontrado.

Entraron directamente a la cueva que se hallaba dentro de la casa en la que lo habían escondido, y lo apresaron. Nunca más volvió a ser libre. Estuvo en el penal de Uclés hasta el día de su ejecución. No luchó por escapar, nunca más defendió sus ideales; la noche que lo apresaron le dieron tal paliza que amansaron sus ansias de cambiar el mundo. Se dio por vencido y asumió su final. Solo en el último momento, al ver a Arturo entre la gente, sintió alivio y un rayo de felicidad cruzó su cuerpo. Se fue tranquilo y sin aspavientos. Arturo acarició el largo pelo de Macarena intentando aferrarse a lo único suave que tenía ese momento

—Vámonos —le dijo— aquí ya no hay nada que podamos hacer.

CAPÍTULO II

IRENE

Irene sintió cómo el sol le quemaba la piel, se hallaba en su punto más alto, y el camino estaba desierto de árboles, que no la auxiliaban con su sombra. Siguió caminando con paso firme y el anhelo latiente de llegar a la frondosa Alameda. Las orillas del camino, que estaban pintadas de amarillo por el trigo segado, marcaban ese paisaje tan característico de Castilla la Mancha, con cuadros dorados y verdes que se intercalan delimitados por los caminos secos de tierra amarillenta. La cabeza le daba vueltas y las mejillas le ardían de rabia, sentía la hiel en el cielo del paladar; el desasosiego que le causaba haber visto a su Arturo en los brazos de otra no era lo que más daño le hacía, lo peor era cómo la había mirado, un aguijón de lamento y deseo. ‘Quiere a su esposa’, los celos siempre se habían apoderado de Irene, y Arturo siempre le había jurado su amor, y le había dicho que su matrimonio con Macarena era impuesto, que no la amaba, que no la tocaba. ‘Todo se ha acabado, no puedo seguir así.’

El paso ligero, el sol, los pensamientos agolpándose en su mente, y la ira acechando; una gota de sudor cayó desde su frente y resbaló por el filo de su nariz. Irene se secó de un manotazo. Vio al fin la arboleda cada vez más cerca.

Apenas tres árboles, bien frondosos, y una madeja de moreras que se alargaban a lo largo del camino, durante unos diez metros. Justo antes de llegar a los árboles atravesó el campo en un giro a la izquierda y sintió cómo los pies le dejaban de quemar, para sentir ahora las púas segadas de los trigales, que se entrelazaban con las tiras de cuero gastado de sus polvorientas sandalias. Cuando llegó a su destino se tumbó a la sombra de la vieja encina. Miles de hojas verdes ovaladas se movían sobre su cabeza al roce del viento, simulando el sonido del agua clara de un río bajando entre las piedras. Solo ese sonido refrescó su mente, cerró los ojos y sonrió plácidamente al cielo. Se estiró y sintió cómo sus músculos se relajaban y sus huesos crujían. Se dejó llevar por la imaginación. Con los ojos cerrados lo vio a él viniendo por el camino de tierra marrón que llevaba a la Alameda, llegando hasta ella a lomos de su caballo, seguido de una polvareda de pensamientos y malentendidos. Llegaba hasta ella dejándose caer a su lado. La abrazaba, la besaba... Irene entró en un profundo sueño que se llevó el martilleo de su cabeza. Arturo había visto la mirada de Irene al cruzarse con ellos en la plaza, justo después del fusilamiento. Los ojos de Irene eran para él el mundo entero, una mirada y sabía exactamente lo que ella pensaba o sentía. Cuando estaba abrazando a su esposa, Macarena, había levantado la vista y se había dado cuenta de que ella estaba ahí, se había quedado paralizado. Solo pudo tratar de sonreír ligeramente, en un intento de decir: “tranquila, todo está bien entre nosotros.” Pero los ojos llorosos de Irene, y el movimiento de su cuerpo, que conocía bien, le habían dado señales de ira y dolor. Justo cuando más la necesitaba, justo ahora que había perdido a un buen amigo de la más cruel de las maneras... Acompañó a su esposa a casa. Por el camino ella aceleró el paso, enfadada con Arturo por haberla obligado a ir. Él la dejó caminar por delante, lo que le dio margen para fijarse de nuevo en su cuerpo joven, la falda se ceñía a su cintura, y aunque el largo era correcto y le llegaba por la rodilla, el paso rápido y airoso hacía que la tela dejara adivinar el

trасero de la joven, que se movía al compás de la falda. En un país donde el decoro se medía por el largo del dobladillo Macarena recibía la aprobación de los más exigentes. Arturo pensó que era una mujer a la que cualquier hombre hubiera amado, y muy por encima, deseado. Era una preciosa joven de veintitrés años de carácter firme, que siempre conseguía cuánto quería. Se lamentó de no corresponder su amor. Cuando ella tenía diecisiete había hablado con su padre para que convenciera a Arturo de que hiciera la petición de mano. No sabía leer ni escribir, puesto que su madre había enfermado cuando ella tenía ocho años y se había dedicado a cuidarla hasta el día de su muerte, mientras su padre salía al campo a trabajar. Ella amaba a Arturo, desde siempre. De niña soñaba con casarse con él, cuando podía de vez en cuando ir a la escuela, de niños, él se sentaba en la parte de los mayores, ya que tenía un año más que ella. Como en el pueblo no había demasiados niños, únicamente había tres clases, en las que los veintiún niños se dividían por edades. Coincidieron juntos durante un tiempo. El día que Macarena habló con su padre para decirle que estaba enamorada de Arturo, lo hizo con esa mirada de niña indefensa con la que siempre conseguía todo lo que le pedía. Ella sabía, por aquél entonces, que Arturo estaba enamorado de la esposa del cabrero, Irene. Había oído cómo una vecina se lo había dicho a su madre, mientras ésta estaba encamada, en una de las visitas que le había hecho, muy al principio de la enfermedad. Era habitual que las vecinas visitaran a Mercedes y la entretuvieran con cotilleos e historias, muchas veces inventadas, que corrían de boca en boca por el pueblo. Macarena se sentaba a los pies de la cama, con las piernas colgando por el costado, y acariciaba a su madre mientras los chascarrillos se sucedían, y cuando el nombre de Arturo salía, erguía la espalda y alargaba el cuello como si de esa forma todos sus sentidos fueran a abrirse a lo contado a continuación.

—Adiós, me voy a cargar la mula y le llevo el trigo a Fulgencio.

Arturo abrió la puerta de la casa y al entrar Macarena estiró del pesado portón de madera, y echó la llave, ya que su esposa era muy miedosa y no soportaba dejar la puerta abierta como era costumbre en el pueblo. Pensó en Irene, tan diferentes eran las dos...Lo había enamorado sin querer, con su indiferencia, con su caminar firme, con su determinación al resolver las cosas. Con su paciencia con Juan Antonio, su esposo, con quien ya estaba casada cuando se enamoró de Arturo. También físicamente eran muy distintas. Mientras Macarena tenía un largo y lacio pelo negro. El de Irene era rojizo y se enrollaba con el aire como si cada mechón de su cabello quisiera abrazar al de al lado. El cuerpo redondeado de Irene, su cintura ancha, sus grandes pechos, sus piernas firmes y contorneadas lo hacían enloquecer. Ella era de esas mujeres que encandilan sin querer. Quizá en belleza le ganaba Macarena, también debido a su juventud, pero el cuerpo de Irene invitaba al deseo con una fuerza que se abría paso desde dentro. Bajó la calle que llevaba al corral donde guardaba las mulas, pero cuando llegó a la puerta no entró, giró a la derecha y subió por la calle de al lado, siempre vigilando que no lo viera nadie. Se dirigía a la casa de Irene, ya que sabía que ella se habría enfadado, y necesitaba aclarar las cosas, mirarla de cerca con complicidad. Ojalá pudiera cruzar con ella alguna palabra. Quizá si la encontrara por la calle, en algún sitio oculto a la vista de la gente, rozar su mano. Su marido aún debía estar en el campo, ya que eran las dos de la tarde y él no volvía hasta que caía la noche. Cuando Arturo llegó vio la puerta cerrada, era raro puesto que, de estar en casa, tendría la puerta abierta. Siguió caminando, pensativo, se preguntaba dónde podría estar. Quizá habría ido a casa de sus padres, así que cogió el camino que llevaba al molino. Si ella estaba allí iba a ser difícil que no lo vieran acercarse, puesto que estaba en el punto más alto del pueblo y aún era una hora en la que la gente estaba en la calle, los que volvían a casa a la hora de comer, las mujeres que volvían del

mercado... por no decir los trabajadores que recogían los ajos en los campos que colindaban con la gran extensión de trigales que pertenecía al molinero, el padre de Irene.

—¡Arturo! —oyó que gritaban cuando ya subía la cuesta que llevaba al molino de Irene— ¡amigo! —se giró y vio un chico joven, con el pelo demasiado largo, y la cara demasiado morena como para reconocerlo...fijó la vista, aquél color de pelo era inequívoco, era su amigo Paco, cuyo mote era el rubio.

—¡Paco! ¿Qué haces aquí? —Arturo abrazó a su casi hermano— ¿has vuelto?

—Sí, he podido volver...amigo. Ya te contaré, he pasado por tantas cosas... pero ahora no tengo ganas de penurias ¡vamos a celebrar que estoy aquí! —cogió por el hombro a Arturo y lo llevó casi en volandas bajando la calle que llevaba al bar de la plaza.

Paco observó con añoranza cada detalle: el suelo de tierra y piedras, las casas que se levantaban a los lados, la fachada de cal, de una sola planta, con la puerta de madera con una gran cerradura y con una ventana o ninguna. En el centro de la plaza reinaba la fuente de cemento, con dos caños de hierro. El agua caía constante y siempre estaba helada ya que bajaba directa del río. Recordó la vieja tradición en fiestas, de meter a la gente al pilón, después de tiznarse la cara con el hollín de la sartén donde se guisaba la vaquilla que la tarde anterior habían “toreado” los mozos del pueblo. Delante de la fuente seguían tirados los cuerpos de los fusilados. Sintió cómo se le amagaba el corazón. Se preguntó si ahora, durante el Régimen, seguirían celebrando la fiesta del pueblo o esa fuente únicamente vería dolor en lugar de alegría y diversión. Él se había visto obligado a huir a Francia. De familia republicana, en los últimos meses de la guerra, había participado en ella junto a su padre. Al ganar Franco, había tenido que exiliarse. Había conseguido permanecer oculto y aunque esperaba que al haber pasado cuatro años desde el fin de la guerra la gente no se acordara de él, pronto se dio cuenta de que no era así.

—Arturo, ¿cómo es que han fusilado aquí en el pueblo, en la plaza? ¿No estaba todo muy tranquilo por aquí?

—Desde que don Raimundo se puso de alcalde no hace más que dar ejemplo de lo que nos puede pasar si no somos fieles a las leyes del Régimen.

Justo al lado del bar estaba el ayuntamiento, del que en ese momento salían dos guardias civiles acompañados por el alcalde.

—Arturo tengo que hablar un momento con don Raimundo.

Arturo asintió y mientras hablaba con algunos que quedaban a la puerta del bar, vio cómo Paco le daba un papel a don Raimundo, que éste leía atentamente, con el gesto muy serio. Uno de los que estaban con Arturo, el cabrero, señaló a Paco con gesto burlesco:

—¿Tu amigo se piensa que ya nadie se acuerda de él? Creerá que puede pegársela a don Raimundo, pues no es listo nuestro alcalde.

—Paco estaba en la vendimia, en Francia, ha vuelto porque la cosecha ha terminado —respondió Arturo sin saber bien si estaba haciendo lo correcto al contestar lo primero que le había venido a la cabeza.

Paco volvió, saludó afectuosamente a todos los que estaban, incluido el cabrero, y Arturo se adelantó a hablar antes de que su amigo metiera la pata:

—Me preguntaban donde habías estado, les he comentado que ha acabado la temporada de cosecha en Francia, y has vuelto.

—Así es —Paco cogió a su amigo por los hombros y lo dirigió hacia la puerta del bar, sin dejar de sonreír.

Los dos amigos entraron, y la oscuridad de una cueva les cegó al contraste con la luz del

exterior. Una vez dentro Paco le comentó a Arturo que había recibido un salvoconducto que le permitía volver al pueblo. Paco observó la pared blanqueada de cal, irregular por el efecto de la piedra con la que estaba hecha. Sintió la humedad de la cueva. Se fijó en el pelirrojo, que aguardaba como siempre tras la barra. Tenía cara pecosa y simpática, lustrosa y redondeada. Les mostró una gran sonrisa y se aupó para abrazar a Paco por encima de la barra. Pidieron un chato de vino. Tuvo que callar porque se acercó el pelirrojo con los vinos en la mano. A ese vino le siguió otro, y se les fueron sumando otros conocidos. La tarde pasó entre el jolgorio del alcohol y la alegría de la vuelta del amigo emigrado. Serían las nueve de la noche cuando un disparo los sobresaltó. Lo habían sentido cerca, demasiado cerca. Todos salieron a la puerta buscando la procedencia.

CAPÍTULO III

LA TRAGEDIA

Un fuerte ruido despertó a Irene. Era un disparo. Eso le había parecido. Ya era de noche, demasiado tarde para ser un cazador. El adormecimiento le hizo dudar. Se levantó todo lo rápido que le permitió su cuerpo entumecido por la dureza del suelo. Se dirigió hacia el pueblo, sabiendo que fuese lo que fuese, encontraría respuestas. A la entrada había unos pocos ancianos que, sentados en un banco de piedra, discutían fogosamente sobre el lugar del disparo. Se confirmaban sus sospechas. Pensó en su marido, seguramente estaría preocupado por ella. Cuando Irene llegaba a la plaza su hermana Guadalupe le salió al encuentro, con la cara desencajada.

—¡Ay, hermana mía! ¡Qué preocupada estaba! —le dijo abrazándola con firmeza.

—¿Qué ha pasado?

—Tu marido ha ido a casa de Arturo, con la escopeta —la respiración de Guadalupe se entrecortaba, apenas podía hablar.

—¡Arturo! —le interrumpió Irene.

—No, no le ha pasado nada —se apresuró a aclarar la joven todo lo rápido que pudo, fiel guardiana del secreto de Irene, y conociendo bien la angustia que le producía a su hermana cualquier cosa que le pudiera pasar a su amante —ha sido Macarena...Irene tu marido, Juan Antonio, ha matado a Macarena.

¿A Macarena? ¿Cómo podía ser? Esa pobre muchacha tenía la misma culpa que su marido de haber cargado todos esos años con la cruz de saber que pese a haber continuado con sendos matrimonios, ellos estaban locamente enamorados. Era un secreto a voces en el pueblo. Él no la podía haber matado.

—Juan Antonio ha ido a casa de Arturo, ha golpeado la puerta, la gente dice que gritaba tu nombre, te buscaba Irene. Al no abrir la puerta, enloquecido, ha disparado la escopeta, en ese momento Macarena estaba abriendo la puerta para tratar de explicarle que no estabas, y Juan Antonio le ha disparado, Irene, la ha matado.

—¿Has visto a Arturo? ¿Dónde está?

—Yo pensaba que estaría contigo, a tu marido lo tienen retenido en el pelirrojo. Los hombres no lo han dejado, cuando lleguen las autoridades se lo llevarán, tienes que ir a hablar con él.

—Voy, ¡Dios Santo! Voy.

Las lágrimas se desbordaban en sus ojos, apenas podía respirar, avanzó con un pie, pero cuando fue a poner el otro, las fuerzas le fallaron, sintió un mareo y cayó al suelo. En la plaza la gente se había agolpado a la puerta del bar. Tenían custodiado a Juan Antonio, a la espera de que vinieran las autoridades. Don Raimundo, en su papel de alcalde, salió al encuentro de Irene, a la que las mujeres del pueblo habían mojado la nuca y conseguido así que se recuperara del desmayo.

—¡Irene! ¿Qué ha hecho tu esposo? —se llevó las manos a la cabeza. La acompañó hasta la puerta, abriéndose paso entre la gente— no sabemos qué va a pasar. Han cambiado el código

penal y las penas son más duras que durante la época liberal —le brillaban los ojos de manera gozosa, embelesado con la represión que sufría el bando republicano.

El marido de Irene había escapado por poco de las manos de los franquistas, al cambiar el régimen, al fingir estar del lado de éstos, aunque en el pueblo todos sospechaban de sus tendencias políticas.

—He llamado a mi hijo Nicolás, que, como sabes, está estudiando para ser abogado.

Irene terminó de atravesar la entrada, su vista tardó un poco en acostumbrarse a la oscuridad, solo oía mil voces que retumbaban en su cabeza. Cerró los ojos y se puso las manos en los oídos. Sintió que las piernas le flaqueaban y se apoyó en una mesa. Sintió que la cogían del brazo.

—Vamos, mujer —le susurró al oído su vecina— hay que ser fuerte y estar con tu marido, ahora, si no quieres ir adónde irá él, tendrás que ser inteligente para que no vean que eres su cómplice, y vete tú a saber esta gente qué dice ahora sobre tu historia con el hijo de la Petra, sabes que el adulterio está penado.

Irene vio a su marido, la gente que se agolpaba a su alrededor le dejó paso para que se pudiera acercar. Se arrodilló ante él, inmersa en la culpa. Él miró hacia otro lado.

—¿Qué has hecho? —le preguntó cogiéndole el rostro con las dos manos— ¿qué has hecho?

Juan Antonio giró bruscamente la cara, al tiempo que los guardias estiraron de él arrancándolo de las manos de su esposa. Irene trató de levantarse, pero al apoyar la mano en el suelo, reconoció las alpargatas de esparto de Arturo, alzó el rostro y sus ojos se cruzaron con la mirada ofuscada y llorosa del hombre a quien acaban de arrebatarse a su inocente esposa, lo sujetaba un guardia civil; la rabia acumulada y la valentía que da el vino habían hecho que agrediera a Juan Antonio, no tanto por Macarena, como por el odio que le despertaba ese hombre por la simple razón de haber sido el esposo de Irene, por haberlo sabido y no haberse encarado contra él, directamente, en cualquier momento o lugar, y haber resuelto a puñetazos ese odio que los atormentaba. No, Juan Antonio había sido una persona impasible, había aguantado la cornamenta con paciencia aun cuando ya se sabía en todo el pueblo, y había tenido que explotar de golpe aquel día, con el mal acierto con el que se hacen las cosas cuando el odio y la rabia no dejan ver más allá del cañón de la escopeta. Irene trató de levantarse, quiso hablar con Arturo, empezó a enderezar su cuerpo, pero las piernas le flojearon y cayó de rodillas, de nuevo todo se volvió borroso.

CAPÍTULO IV

LA CÁRCEL

Otoño 1944.

La lluvia caía con fuerza en el patio del antiguo Monasterio de Uclés, ahora improvisada cárcel. Desde la ventana alambrada de la habitación Arturo veía la fuente en el centro del antiguo claustro, enmarcado por arcos apuntados y capiteles labrados con follajes imitados del arte bizantino, y que muchos años antes había comunicado directamente con la Iglesia. Los soldados se situaban bajo los impasibles arcos, fumaban y conversaban, con rostros rígidos que se suavizaban en la tranquilidad de tener a los presos bajo control. Arturo se acercó a Manolo.

—¿Seguimos? Es buen momento —le dijo al oído.

—Bien —Manolo se levantó de la litera. Metió las manos entre la burda manta, hasta un agujero del colchón y estiró de un saco de tela de los que traían las patatas a la cocina, en la que ambos trabajaban.

Se sentaron en la estrecha litera, de cara a la pared, y empezaron a deshacer en girones el saco, procurando hacer el menor ruido posible.

—¿Sabes algo de tu familia? —preguntó Manolo a Arturo.

La tarea de tejer la cuerda era laboriosa y en esos ratos habían labrado una amistad sólida, de los pocos momentos que tenían gratificantes en la prisión eran esos en los que podían hablar, con confesiones a media voz, a veces temblorosa, a veces con lágrimas en los ojos que brotaban sin pedir permiso. Cuando Arturo entró en prisión Manolo ya estaba allí. Tardaron tiempo en entablar relación, pero cuando lo pusieron a trabajar en la cocina, al haber fusilado al anterior ayudante de Manolo, pronto empezaron a congeniar. Habían conseguido alcanzar una relación normal de amistad, tenían ratos de risas, de lloros, se comprendían, se enfadaban a veces, pero siempre seguían adelante juntos. En la situación en la que se encontraban trataron de llevar una vida normal, y se sentían privilegiados por haber entrado en la cocina, el resto de los presos desempeñaba labores bastante más duras.

—Estoy muy enamorado de una muchacha de mi pueblo —había contado Arturo a Manolo cuando ya confiaba en él— es un poco mayor que yo. Después de conocerla toda la vida me fui a enamorar cuando ella ya estaba casada. Y fue la ruina para los dos. Aunque hacíamos todo lo posible por no querernos, por no vernos, por olvidarnos...al final acabábamos siempre uno en brazos del otro. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ella me lo ha dado todo.

—¿Con las mozas que hay! ¿Cómo vas a caer con una que está casada? —Manolo no salía de su asombro, si le costaba trabajo pensar que su amigo hubiera caído en ese acto tan lujurioso, cuánto más que lo hubiera hecho una mujer

—¿No te habrás encaprichado de ella nada más porque puedes hacer cosas que dentro del matrimonio no podrías?

—¿Qué dices? No sé cómo puedes pensar eso de mí, no sabes cómo nos hemos jugado la vida —ante el comentario de Manolo, Arturo dudó de si había sido buena idea contárselo

—Sí, es verdad que hemos hecho con nuestros cuerpos cosas impensables, lo que nunca me

explicó padre, lo que no sabía que se podía sentir. Pero peor aún, sabiendo lo que sentíamos y el error que era que ella estuviera casada, yo también me casé, con una mujer hermosa, una mujer que me amaba de verdad...y no la supe proteger, la llevé a la muerte.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Qué pasó?

—No la podía querer, no me podía sacar de la cabeza a Irene, no supe corresponderla...el mentecato del marido mató a mi esposa.

Las palabras de Arturo se volvieron un lamento, su voz se quebró y sus ojos bajaron hasta el suelo. Se cogió la cabeza entre las manos y comenzó a llorar con lamentos desesperados.

—No entiendo nada —Manolo le pasó la mano por la espalda intentando consolarlo.

—Fue por accidente. El marido iba buscando a Irene, pero mi esposa abrió la puerta y el abobado disparó, sin pensar, sin mirar. Mató a una pobre inocente. Los tres fuimos a parar a prisión, Juan Antonio por asesinato. A nosotros dos nos acusaron de adulterio, el pueblo entero nos delató —según contaba Arturo, todos habían señalado al unísono la relación de Irene y Arturo, unos por firmes ideales franquistas, otros por miedo de los unos.

Primero permanecieron en la prisión Provincial de Cuenca juntos, pero después dejó de tener noticias de ellos. Un mes más tarde habían trasladado a Irene a la cárcel seminario, lo siguiente que supo, meses después, fue cuando un vecino del pueblo, Eulogio, había sido apresado por robar una gallina, y le había narrado la ejecución de Juan Antonio, contra la pared del patio de la prisión. También le había contado que Irene estaba embarazada. Fue un día importante en su vida, cuando se enteró del embarazo de Irene, sabía perfectamente que ese bebé era suyo, no podía ser de otra manera. La noticia le causó tanta impresión, que estuvo malo durante un mes. No paraba de pensar en la manera de escapar; recordaba la historia que había oído en el pueblo: Desiderio siempre había contado que cuando habían apresado a su madre le dejaron tener en la celda a su hermana pequeña, que tenía meses, pero al poco se la quitaron. La pequeña extrañó a la madre y enfermó. Ya no dejó de llorar hasta que murió. Desiderio siempre decía: “se llamaba Felisa” a lo que la gente le corregía: “se llamaba nada” porque no la habían bautizado. El cura del pueblo la había enterrado en un rincón del cementerio. Sin lápida en la que llorar, sin identificación, para que nadie pudiera ir a llevarle unas flores. Cuando la madre volvió al pueblo, plantó un cerezo justo donde su hijo Desiderio había visto que la ponían, en primavera se llenaba de flores. A Arturo la mente le atormentaba. Día y noche pensaba en Irene, y en cómo fugarse para ir a por ella a la cárcel en la que estuviera. Tenía pesadillas en la que veía a Irene en el cementerio del pueblo, vestida de negro, rota de dolor, dejando flores en un pequeño montón de arena en una tumba sin honores. Manolo le disuadía de la loca idea de escapar como buen amigo suyo que era, no porque no lo comprendiera, sino porque sabía perfectamente que era imposible que la llevara a cabo. Un día el que había robado la gallina se acercó a ellos y les contó que Irene había podido salir de la cárcel, Nicolás el del alcalde, que siempre había estado enamorado de ella, siempre había intentado sacarla, y al enterarse del embarazo había dado con la fórmula legal, ya que con la nueva legislación las mujeres embarazadas no podían ser apresadas. Para entonces Arturo y Manolo ya habían comenzado a tejer la cuerda, y continuaron con ella, viendo más fácil el objetivo, y apremiando a Arturo las ganas de ver a Irene.

—El crío tiene ya un año, ella está bien, es todo lo que sé —le contestó Arturo, y volvió a sumirse en sus pensamientos, en la encina, en el cuerpo de Irene.

Manolo no había tenido mucho que contar a Arturo, estaba en la cárcel por atender a los heridos en la guerra. Su padre, que era médico, lo había llevado a ayudar al hospital en el que trabajaba. Llegaban los del bando Republicano y solo por esa razón ahora estaba encerrado. A su

padre lo habían fusilado. Ahora, apenas tenía veinte años y su inocencia con respecto a la vida y con respecto a los cargos de que se le acusaba, eran tales que no despertaba más que ternura. Arturo nunca se podía enfadar con él, incluso cuando no le veía interés por salir de prisión. Posiblemente pensaba que era tanto lo que tenía que perder, como lo que podía ganar. No tenía familia, era hijo único y a sus padres los habían ejecutado; no tenía novia, puesto que la única muchacha del pueblo que le había interesado se había casado con el hijo de un militar del frente franquista. Se le veía desmotivado, sin ilusión. Sin embargo, conforme le había hecho saber a Manolo, Arturo tenía planes para él. De esa manera lo motivaba para que le ayudara con la huida. Después de rescatar a Irene, con algún plan ilógico que todavía no había pensado, irían al pueblo, donde estaba la hermana de Irene, que tenía buen corazón, y era alegre y de carácter humilde y gentil como Manolo, y seguro le haría sonreír de nuevo. Falta les hacía. En prisión los días pasaban en la letanía de la rutina. Un día seguía a otro de forma tan automática que era difícil diferenciarlos. En ese sentido Arturo y Manolo eran afortunados, las tareas de la cocina, junto con el calendario de los paupérrimos menús, hacían que los días se distinguieran.

La mitad de presos eran sacados cada mañana a la parte trasera del Monasterio, donde realizaban las tareas de reconstrucción de los muros que habían sido afectados por las bombas y la metralla durante la guerra.

Levantaban y transportaban sobre su lomo piedras terriblemente pesadas, y a veces no tenían ni agua para beber. Por no decir que solo recuperaban fuerzas con una comida frugal al día. Desde que Arturo estaba allí había visto morir a catorce hombres por falta de higiene, de alimentos, de cuidados... y a otros al menos cien, fusilados contra el muro de la iglesia, por no doblegarse, por intentar escapar, por no colaborar con el Régimen... o quien sabe por qué. Aquellas despedidas cuando el guardia entraba en la celda y decía los nombres de los presos, era lo que más le había marcado. Aunque solo había podido relacionarse con Manolo dado que el resto salía al campo temprano y no volvía hasta la noche, había sentido como hermanos a cada uno de los hombres que allí estaban, por empatía, por compasión, por la soledad que experimentaban en esas duras circunstancias. A esos hombres los mataban, sin haber hecho más que defender un ideal, si saber si había quien los estuviera esperando; los fusilaban y después de tirar los cadáveres por encima del muro, a la fosa que habían cavado al otro lado, rompían los papeles en los que figuraban sus nombres, borrando así toda huella de su triste final. Enterraban con cada palada de arena la memoria de sus vidas. El retumbar de sus propios pensamientos ensordecía a ratos la propia realidad. Pese a que Arturo era una persona luchadora, que no desistía de sus objetivos, en más de una ocasión se hubiera dejado caer en el camastro, envuelto en la ruda manda, con sus únicos sueños como compañía. Se imaginaba en su casa, saliendo al trabajo, besando a Irene mientras ésta amamantaba a un rollizo bebé al que besaba en el cogote antes de salir hacia el campo. Se podía ser tan feliz con tan poco...

CAPÍTULO V

LAS CARTAS

Todo había cambiado en el pueblo. Si bien las cosas habían empezado a endurecerse por los sucesos naturales de después de la guerra, dando como resultado los primeros fusilamientos en el pueblo; a partir del asesinato de Macarena, y el apresamiento de los tres implicados, el alcalde había abierto la veda y los vecinos se acusaban entre sí por cualquier razón. La comida empezó a escasear, y se hizo imprescindible la cartilla de racionamiento, teniendo derecho a alimentos según los ideales políticos sobradamente demostrados durante la guerra. Cuando antes tenían gallinas y ovejas, cultivaban trigo y tenían olivos de los que sacaban aceite, ahora todo lo que tenían se lo quitaban los caciques, y se tenían que conformar con el arroz que les daban con la cartilla, a veces algo de leche si en la casa había algún niño. Irene había estado trabajando en el molino, a cambio de algo de trigo. Pero con tanto control se hacía imposible obtener ni siquiera para comer ellos dos. Así que por la mañana abría el molino y por la noche iba a cerrarlo. De esa manera podía durante el día coser algo de ropa que algunos viudos le llevaban para arreglar, a cambio de un poco de comida. La situación empeoraba con el paso del tiempo e Irene llegó a tener miedo de que su pequeño no tuviera nada que echarse a la boca en todo el día.

“Hace ya un año desde la última vez que nos vimos. Ni siquiera sé si aún sientes algo por mí. No pudimos hablar. Te vi con tu esposa y todo se me vino abajo. Escapé a nuestra encina, esperé que vinieras a por mí como otras veces habías hecho. Nunca viniste. Nunca pudimos hablar. Te vi con ella, parecías amarla. Te vi acariciarla. Sentí como mi cuerpo se difuminaba y se convertía en nada. Tampoco sé si estarás vivo. Como cada martes te escribo, y dejo la carta guardada en el cajón. Nuestro pequeño ya ha empezado a caminar. Me gustaría que estuvieras aquí para verlo. La gente dice que estás en la cárcel de Albacete. No sé si llegará un día en que pueda volver a verte.”

Irene levantó la vista del papel. Fijando la mirada en el techo, aguantó la respiración, porque un nudo la ahogaba. Dejó escapar el aire despacio entre sus labios. Miró a su alrededor. Tenía la chimenea encendida con un tronco para paliar la humedad de la casa en los primeros fríos del otoño. Sobre la lumbre un caldero con agua y los huesos de una gallina, que serían la comida de su hijo los próximos días. En la otra única habitación había una cama y las estanterías, donde estaba aún la ropa de su esposo perfectamente doblada, con la lavanda seca separando cada una de las cuatro camisas. Recordó el día en el que recogiendo las espigas moradas para la ropa, se encontró con Arturo, que estaba labrando el campo. Lo conocía de siempre, ambos eran del pueblo, las últimas veces se había dado cuenta de que la miraba de forma diferente, y eso la hacía sentirse atraída por él, aunque antes nunca se hubiera fijado en ese atractivo joven que tenía locas a todas las mozas del pueblo. Ese día en que ambos se encontraron, en la senda que llevaba al estanque, cerca de La Alameda, fue la primera vez que estuvieron juntos a solas, y el día en el que ella se enamoró definitivamente de él. La privacidad del momento la hizo sentirse vulnerable, pero también disfrutar de la mirada contenida en el tiempo, que se regalaron. Él, que guiaba a las mulas que tiraban del arado, se detuvo al verla, y disfrutó de su presencia mucho antes de que ella se diera cuenta. Irene llevaba un vestido azul oscuro abotonado, que su madre le había cosido con

una camisa antigua de su padre, al quedarle a él grande a causa de la hambruna; el vestido se le pegaba al cuerpo, marcando esas redondeces suyas que tan libidinosas le resultaban a Arturo, y el viento levantaba el pico de la falda, puesto que el último botón quedaba un poco por encima de la rodilla. Al ser verano Irene no llevaba las medias puestas, y las sandalias descubiertas enseñaban más piel de la que debieran. Arturo se fue acercando a ella, que se había agachado a recoger la lavanda, de espaldas a él.

—¡Buenas tardes! —Irene se sobresaltó, y al girar la cabeza con tanta rapidez se desestabilizó y de no ser por Arturo, que corrió a sujetarla, hubiera caído al suelo.

Irene levantó la vista y vio el rostro sonriente de Arturo, que la sujetaba entre sus brazos, aprovechando la ocasión facilitada por la suerte. Irene sintió un rayo recorrer todo su cuerpo en la comodidad de los brazos fuertes de Arturo, quien se acercó un poco más con intención de besarla sin ni siquiera cruzar una palabra. Ella se rindió al abrazo durante unos segundos, pero como si de la fuerza que aparta entre sí los polos iguales se tratara, notó cómo algo impedía acercar sus labios a los de Arturo, que ya le estaban rozando la comisura de la boca. Cerró los ojos, sintió el contacto, y la respiración entrecortada de Arturo, pero no pudo sino girar la cabeza para evitar el beso. Se soltó con torpeza de esos brazos fuertes entre los que hubiera podido estar tranquilamente el resto de su vida, y se quiso hacer la ofendida. Pero Arturo se anticipó, giró su esbelto cuerpo y le dio la espalda, volvió hacia las mulas. Ella quiso ir, que no terminara ahí, pero la tierra echó raíces y las entrelazó con sus piernas, se sintió imantada y no pudo levantar los pies. Permaneció inmóvil. Al llegar a casa dejó caer la cabeza contra la pared, sintió los brazos de Arturo rodeándola, se apoyó contra el marco de la puerta, cerró los ojos y sintió que flotaba. Jamás antes había tenido un sentimiento tan fuerte. Por primera vez había sentido el fuego en su interior, pero su moral y su miedo habían actuado por ella. Ahora, sentada junto al paupérrimo fuego, con el pequeño Currete correteando torpemente a su alrededor, recordó a Arturo. Su cuerpo espigado, su pelo negro y sus ojos de un marrón puro, parecido al color de la castaña. Sus mejillas sostenían dos hoyuelos que al sonreír se marcaban como si los hubieran dibujado con un cincel. Y tenía el rostro pecoso adquiriendo un aspecto infantil. Irene abrió los ojos. Todavía sujetaba la pluma entre sus dedos, manchados por la tinta al haber recorrido ésta de un extremo al otro en la horizontalidad. Con la carta a medio terminar dobló la hoja de papel y la ató con las demás, todas inacabadas, algunas apenas con cinco renglones, incapaz de saber qué decir a Arturo si lo tuviera delante. Puso una ramita de lavanda en la cuerda que ataba las cartas, y las guardó entre las sábanas.

CAPÍTULO VI

EL PLAN

Dos semanas duraron las lluvias en Uclés. Aunque los trabajos no se habían interrumpido pese al agua, sí el poco rato de recreo al sol del que disfrutaban en el patio. Arturo y Manolo terminaron el trabajo en la cocina, preparando la comida para los militares y se dirigieron a la zona de descanso.

—Manolo tenemos que acelerar, debemos darnos prisa en tejer la cuerda —Arturo no podía parar de pensar en Irene, le habían llegado noticias suyas.

Eulogio le había contado que ella estaba en el pueblo y que había tenido un bebé, pero que el hambre se había llevado a algunos niños porque las madres tenían los pechos secos por no tener nada que llevarse a la boca. No podía tardar en llevar a cabo su plan de fuga, no podía dejarlos desamparados por más tiempo. Según le había contado, ella apenas habría podido sacar unas ochocientas pesetas de la venta de la casa y las tierras que su padre le había dejado en herencia al morir. Trabajaba sin cesar en el molino, del que no recibía más que algún puñado de trigo que le dejaban los campesinos a cambio de usarlo, pues cada vez había menos para sembrar, y escaseaban hombres para trabajar las tierras.

—Ésta semana hemos adelantado mucho, ya sabes que con los girones que hemos hecho tenemos para tejer la cuerda, pero si no vuelve a llover no podremos.

—Podríamos llevarla a la cocina. Y hacerlo allí en los ratos que nos sobran después de pelar las patatas.

—Si nos pillan estamos perdidos amigo.

Manolo estaba loco por salir después de que Arturo le ilusionara con planes de futuro, pero su cabeza estaba más sentada y siempre parecía tener más control sobre las cosas.

—Lo sé, pero no hay tiempo que perder. ¿Y si la hacemos por la noche?

—Tendremos que esperar a que todos se duerman. Pueden sospechar si nos ponemos los dos en una litera.

—Amigo, hermano, no podemos tardar más, no podría perdonarme llegar a casa y que a mi Irene le hubiera pasado algo... y mi hijo, ¿qué sería de mí si no lograra nunca conocerlo? Debemos empezar ya, quien sabe cuándo volverá a llover.

—De acuerdo, empezamos esta noche —consintió Manolo, mientras se fijó que les estaba observando de lejos Eulogio.

No se fiaba de él, no sabía de donde sacaba tanta información, allí encerrado, y sospechaba que era cómplice de algún guardia, a saber si traficaba con la información de un lado a otro para ganarse la confianza y los favores de presos y guardias. A las seis de la tarde empezó a anochecer. Los amigos se encontraban en la cocina preparando un caldo con los huesos y pieles de las gallinas, que sería la cena de los prisioneros, y un guiso con la carne de las aves y algunas patatas para la cena de los militares.

—He pensado que esta noche nos metamos los trapos en las perneras de los pantalones, y mañana en el servicio del desayuno los escondamos en la cocina —dijo Manolo— no veo forma

de poder escapar esta noche de la celda para llevar los trapos, y tampoco desde la cocina podemos ir como pensamos al principio, mientras recogemos después de cenar, puesto que siempre hay alguien vigilando.

—No te he dicho nada porque yo tampoco he visto la manera —respondió Arturo— cuando tenemos más tiempo es por el día, mientras cocinamos el desayuno y la comida, y además hay menos gente porque tienen a nuestros compañeros fuera. Por la noche los traen a cenar y es peor. Pero me he dado cuenta de que han puesto un guardia en la puerta de salida de las habitaciones y de la cocina.

—Seguramente Eulogio haya tenido algo que ver, Arturo no me fío de él, sabes que si nos pillan...

—¡No seas temeroso!, es un rojo como nosotros, en el pueblo tenía fama de tonto, no será ningún problema —respondió Arturo encrespado, harto de dar siempre a Manolo las mismas respuestas— ¿has visto cómo nos mira? —se burló— nos tiene envidia, Manolo, no sabe lo que es tener un amigo —se rió estrepitosamente.

Esa noche Arturo se acostó pensando en Irene, recordó el día que la había encontrado en la fila de racionamiento, meses después de su desencuentro en el campo, y le había susurrado desde atrás:

—Morena, esta tarde en la encina.

Irene ni siquiera se había girado, pero él sabía perfectamente que le había oído. Esperó con ansiedad que llegara la tarde, mientras labraba el campo. Se le hizo eterno, incluso pensó que ella no acudiría, hasta que la vio acercarse por el camino desierto, y fue a esperarla bajo el frondoso árbol. Cuando ella llegó, temblorosa, por el miedo y la emoción, él se le acercó, y sin llegar a tocarla juntó la cara y le rozó con la nariz el pelo, aspiró. Olía a jabón casero y lavanda fresca. Ella sintió la respiración de Arturo cerca y cerró los ojos, notó cómo Arturo la cogía por la cintura con suavidad y firmeza, y estiró de ella, hasta juntar sus labios. Se besaron con delicadeza, pero poco a poco el deseo subió la intensidad del contacto, y Arturo bajó su mano hasta acariciarla un poco por encima de la rodilla, a lo que ella respondió con un gemido. Ella abrazó su espalda, metió la mano bajo su camisa y contorneándolo con sus dedos le acarició el pecho. Arturo la cogió en volandas por los dos muslos y la subió a su cintura. Ella le besó el cuello, la cara, el pelo... Poco a poco se dejaron llevar, con lo salvaje y natural que es el deseo y el sexo, y dejándose caer al suelo llegaron hasta el final. Fue la primera vez para Arturo, y también era la primera vez que Irene hacía el amor, ya que hasta ahora solo se había acostado con su marido porque el matrimonio obligaba. Era septiembre de 1938. Al dormirse Arturo recordando a Irene, soñó con ella, pero el inspirador sueño se convirtió en pesadilla. En él lograba escapar de prisión y cuando llegaba al pueblo la encontraba en la cama con Nicolás, el del alcalde. Los gritos en los que se despertó envuelto despertaron a toda la celda. Bajo la áspera manta se vio a Eulogio sonreír.

CAPÍTULO VII

LA PETICIÓN

Noviembre de 1944.

Irene se levantó de la cama con el cacarear de la única gallina que le quedaba. Se vistió con una camisa de Juan Antonio, que se ciñó con una cuerda de cáñamo trenzado, y entró la cabeza por un agujero que había hecho en el centro de una bufanda grande de su difunto marido, dejándola caer sobre los hombros a modo de toquilla. El cuerpo de Irene no era más que piel y huesos, y su cara reflejaba el cansancio y el hambre. Poco quedaba de las formas que enloquecían a Arturo bajo la encina, y su rostro aparentaba diez años más. En el pelo, rojizo, ya asomaba alguna cana prematura, y había menguado a la mitad debido a la falta de nutrientes. Sacó a Currete de la cama.

—¡Hola chiquitín! ¡Buenos días amorcete! —y lo cubrió con besos. Le acarició el pelo, negro y arremolinado— ¿cómo estás hoy? tienes mucho sueñete —decía mientras le pasaba la mano por las piernecitas, la carita y la espalda.

—¡Madre! —le dijo el pequeño con lengua de trapo.

Vistió a Currete con un suéter y unos pantalones de lana que había tejido ella misma. Con el invierno había llegado el frío y la alacena estaba vacía. Se habían agotado todas las reservas, y los caciques le habían quitado la mitad del dinero que había conseguido al vender las tierras de la herencia, que, había sido mucho menos al querer conservar el molino.

Habían conseguido sobrevivir con los pocos huevos que ponía la gallina, el arroz de la cartilla de racionamiento, y el aceite que sacaban de la olivera que tenían en el patio, hirviendo las olivas en agua y machacándolas después. Pero Irene había tramado un plan para conseguir algo más de comida para su hijo. Se había reunido con Paco, el amigo de Arturo. Cuando llegara la siega, iban a intentar moler por la noche lo que sacaran, para poder usarlo ellos. Corrían el riesgo de que la guardia civil los pillara, pero a Irene la movía la desesperación por alimentar a su pequeño.

A Paco la amistad que tenía con Arturo y ver a la esposa de éste sola, con un pequeño al que criar, y sin nada que llevarse a la boca; también le movía alguna cosa más. La determinación y la constancia son las que diferencian a la gente que consigue las cosas de la que no. Uno puede lograr algo de forma fortuita una vez, incluso dos, pero si la siguiente vez falla y su espíritu no es luchador, desistirá y jamás conseguirá sus propósitos. Sin embargo alguien que lucha constantemente por lo que cree, aunque a veces falle, siempre tendrá la oportunidad de ganar. Eso pensaba Irene. Las adversidades se cebaban con ella. Primero casada por conveniencia, después enamorándose de quien no podía, más tarde casándose su amor con otra mujer, y por último los tres en la cárcel, su marido fusilado, ella embarazada y sin noticias de Arturo. Pero Irene no se rendía. En los ojitos de su pequeño veía cada día a su amor, y eso le daba fuerzas para seguir adelante. Estaba sola, pero así había preferido, meses antes había tenido la oportunidad de casarse con Nicolás, y no había sido fácil evitarlo, pero lo había conseguido. Ella quería esperar a Arturo. Y había conocido la libertad de estar sola, y con sus desventajas e inconvenientes. Aquella fría mañana se dirigió a casa de su hermana Guadalupe. Se había casado hacía casi un

año con Nicolás el abogado, que no era otro que Nicolás el del alcalde, el mismo que se había querido casar con Irene. Ella enamorada y él después de mucho insistir a Irene para que lo tomara como esposo, había desistido y había desposado a la hermana, un poco por darle celos a Irene, y otro por estar cerca de ella. En casa de Guadalupe había comida, chimenea, ropa nueva y todo tipo de comodidades. Tenía de todo menos amor. Irene subió hasta la plaza y se dirigió a la puerta que quedaba justo frente a la fuente. Tocó a la puerta, que siempre estaba cerrada, y Guadalupe gritó desde dentro:

—Pasee.

Irene metió la mano por el ventanuco de la puerta y desde fuera corrió el cerrojo. Con su pequeño en brazos entró al salón. Su hermana estaba sentada en una silla, junto a la mesa, cosiendo unos pantalones.

Se encontraba en el séptimo mes de embarazo, y estaba más guapa de lo que había estado nunca. Tenía la cara sonrosada y rellena, los pechos hinchados y una barriga enorme sobre la que apoyaba la costura. El pelo rizado y del color de la mantequilla le caía sobre la cara en bucles brillantes.

La chimenea estaba encendida y varios troncos gordos hacían buena lumbre. Sobre la mesa había un cacillo con café, y en el plato unos rollos de anís con azúcar. Era evidente que no pasaban apuros.

—Hermana —se acercó Irene hasta besarla en la mejilla.

—Uy, ¿a quién tenemos aquí? —dijo Guadalupe con voz jovial agachándose hasta la altura de Currete —hola chiquitín —dijo con voz cantarina —y lo cogió entre sus brazos.

— ¿Cómo te va el embarazo? —Irene miró la gran barriga de Guadalupe y tuvo la sensación de que ni en su noveno mes de embarazo la había tenido así.

—¿Quieres un dulce? —le entregó una rosquilla a Currete— bien —contestó a Irene— parece que será grande —sonrió mientras su hermana le acariciaba el vientre con ternura. Las dos hicieron silencio mientras se observaban mutuamente. Guadalupe se fijó en su hermana, venida a menos, e Irene se alegró por lo bien que le iba a Guadalupe la vida. Las dos sonrieron, de igual manera pero con un matiz diferente: la sonrisa de Guadalupe fue piadosa, la de Irene también. Guadalupe sintió pena porque su hermana pasara calamidades. Irene sintió que su hermana no sería amada nunca de la manera que había sido amada ella.

—Tengo que pedirte algo —Irene bajó la frente para ocultar el rostro turbado por la vergüenza — seguramente vas a empezar a encontrarte muy pesada y creo que te vendría bien algo de ayuda, cuando nazca el pequeño te podría ayudar con la limpieza de la casa, sé que a tu esposo le va muy bien y está a la vista que tenéis dinero de sobra.

—Si tu marido no hubiera matado a esa mujer, si no hubieras perdido la cabeza por ese hombre...la vida te habría ido mucho mejor a ti también, sobre todo cuando toda la herencia de padre fue para ti, por ser la mayor —cortó Guadalupe a Irene casi gritando.

Hubo silencio entre las hermanas. Currete correteaba por el salón comiendo gustosamente su pasta. Irene se tragó el orgullo, la saliva pasó amarga por la garganta, y continuó:

—Necesito trabajar, podría limpiar la casa e incluso cuidar de tu hijo cuando tú estuvieras descansando. A cambio solo te pido que al mío no le falte comida.

Irene volvió la vista hacia su pequeño, las lágrimas resbalaron por sus mejillas y en el pecho se cruzó una bola de miedo, ira, sufrimiento, y vergüenza, que le hizo callar. Guadalupe se levantó.

—Lo tendré que comentar con mi esposo —dijo de manera superlativa. Irene permaneció un

rato más callada, mirando al suelo, después cogió a su hijo de la mano y salió de la casa.

CAPÍTULO VIII

LA FUGA

Manolo despertó a Arturo cuando todavía no había amanecido. Se tenían que anticipar a que los demás se despertaran. Sacaron las tiras de saco de los agujeros del colchón, y las enrollaron en sus piernas, tan delgados estaban y tan grande les venía la ropa que no se les notaba nada. Una vez en la cocina se organizaron, pelaron las patatas que era lo más laborioso y después, mientras uno guisaba, el otro se sentó en el suelo, tras la estantería que sujetaba las grandes ollas, y empezó a anudar girones de tela. En una mañana tuvieron la cuerda preparada, debía medir unos tres metros, lo suficiente para atarla a un hierro del techo de la habitación y descolgarse por ella hasta el suelo. Después de la cena subieron a las celdas.

—Tenemos que salir por la ventana del pasillo. En la habitación nos van a oír romper el alambre —Arturo había conseguido ocultar unas tenazas de podar, de las que se utilizaban en la cocina para cortar los huesos, en la cintura del pantalón— cuando el reloj del campanario dé las tres de la mañana hacen el cambio de guardia, y tanto el que sale como el que entra pasan por delante de la ventana del pasillo entre las 2:45 y las 3:15. Así que debemos hacerlo justo antes o justo después, ¿qué piensas que es mejor?

—Creo que mejor antes, porque el que se ha quedado está cansado y con frío, y estará más despistado —dijo Manolo mientras se acostaba en la cama con ánimo de descansar un poco.

A Arturo le dio la impresión de que su amigo le hablaba de la huida sin ganas

—También hay que tener en cuenta a los centinelas. Sabes que reciben pago extraordinario por disparar a cada uno de los que ven acercándose a la ventana, y no perdonan —comentó apesadumbrado Manolo.

—He visto que el que está esta semana es muy dado a acudir al pabellón donde tienen presas a las mujeres. Ese degenerado no hace bien su trabajo, le importa más desahogarse con alguna pobre desgraciada que el dinero que le puedan dar.

—Está bien, Arturo, a las dos nos despertamos.

Ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. Cuando oyeron las dos campanadas del reloj de la iglesia del Monasterio, ambos salieron de los camastros y se dirigieron en silencio al pasillo. Cortar el alambre les costó, puesto que las tenazas estaban desafiladas, pero abrir la oxidada ventana fue lo que casi les hace desistir, perdieron mucho tiempo. Cuando por fin lo consiguieron los dos amigos se miraron y se abrazaron. El miedo, la inquietud y las ganas se convirtieron en nervios, y a sabiendas de la gravedad de lo que hacían, se sintieron felices pero responsables. Manolo dejó pasar a Arturo primero. Después de atar la cuerda a una viga de hierro del techo, descolgaron la cuerda por la ventana y Arturo comenzó a descender. No tardó en llegar al suelo. Cuando miró hacia arriba para ver a Manolo, vio que éste se giraba en el pasillo, hacia la puerta de la habitación. Tardó un poco en volver a la ventana, y después salió y bajó por la cuerda despacio. Cuando iba casi por mitad de la cuerda Arturo vio con horror cómo Eulogio llegaba hasta la ventana. No podían hablar, no podían parar el plan, solo podían seguir adelante y continuar. Cuando Manolo estaba a metro y medio del suelo le dijo a Arturo:

—Corre, corre, vete. Arturo dudó pero lo hizo, Eulogio seguía en la ventana.

Corrió y solo paró cuando llegó al bosque, aunque se giró varias veces por el camino porque no oía a Manolo correr tras él. Cuando la vista se acomodó a la oscuridad lo que vio le horrorizó: los guardias habían apresado a Manolo y lo apuntaban a la cabeza con el fusil. Eulogio seguía en la ventana, señalando hacia el bosque. Arturo estaba paralizado, quería volver a por su amigo, pero no podía. El guardia disparó y Manolo cayó de rodillas al suelo. El eco del disparo ensordeció a Arturo, que solo pudo oír los latidos de su corazón. Acumuló fuerzas y salió corriendo, empezó a descender por el cerro, oyó disparos de escopeta. No paró.

Una mañana, tras varios días corriendo, sin apenas descansar y sin comer, Arturo despertó con el cuerpo entumecido por el frío. No se había atrevido ni siquiera a encender una hoguera por si lo localizaban. Durante los primeros días había oído a los militares cerca, fusiles en mano, disparándolos de cuando en cuando para hacerle ver lo cerca que estaban. Pero en los dos últimos días no los había oído, lo que le hizo poder relajarse durante una noche. Se hizo una cama con ramas y hojas secas de árbol, para evitar la humedad del suelo, y se tapó con más broza. En dos días no había comido nada. El hambre empezó a apretar en su estómago, pero el sueño le pudo y se durmió. Soñó con su amigo recién fusilado, se sintió culpable por haberlo arrastrado a la locura de escapar. En el sueño Manolo no decía nada, solo descendía el último peldaño de la escalera y se giraba hacia él mirándolo fijamente con el rostro serio. Esta imagen se repetía una y otra vez pero cada vez Manolo estaba un peldaño más arriba, hasta que directamente le miraba desde la ventana, y la imagen se fundía con la de Eulogio, quien le señalaba con la mano con una sonrisa socarrona. Arturo se despertó gritando. Había amanecido, y los perros se oían cerca. Tuvo que reemprender la marcha sin tiempo de beber o comer nada. Corrió entre los árboles, le seguían tan de cerca que podía oír las voces de los militares. Estaban siguiendo sus huellas. Se detuvo, para hacer un doble juego de pisadas en direcciones diferentes, y siguió caminando en otra dirección, procurando no dejar huellas, pisando sobre arbustos y piedras. Cuando llevaba un rato andando se dio cuenta de que ya no los oía y paró a beber agua del hueco de un árbol. No podía hacer fuego para hervirla, y recordó que durante los dos últimos días ya había bebido agua en esas condiciones varias veces, por lo que temió enfermar. Siguió andando con idea de alejarse un poco más y poder detenerse a cazar para comer. Pasadas unas tres horas encontró un arroyo, y lo cruzó. Al otro lado terminaba el pequeño bosque y se abría un paño de campos de cultivo. Al fondo se veía un pueblo. Por un momento sintió alegría, pero después recordó que no era un hombre libre, sino un fugitivo, y que no podría ir al pueblo porque la gente preguntaría y lo acabarían descubriendo. Se adentró en un campo de olivos, y cuando terminó de cruzarlo divisó lo que le pareció una cueva de champiñones. Se acercó con rapidez y entró para inspeccionar. No había nadie dentro. Mientras recopilaba algunas cosas que encontró en una vieja caja que el cultivador tenía junto a la entrada: una navaja, una cuerda fina y una botella de vino vacía; recolectó algunos champiñones que comió crudos. “Esto sabe a Gloria Bendita”, pensó.

Buscó ramas caídas y cortó otras de olivo, metió parte dentro de la cueva y con las otras tapó bien la entrada, también añadiendo piedras, procurando que quedara bien oculta. Con la leña hizo un fuego y con la cuerda una honda. Salió a cazar. Recordó cuando de niño salía al campo con su padre y le enseñaba a lanzar a los conejos o pájaros. Al principio no tenía buena puntería, pero con el tiempo desarrolló una técnica impecable, e incluso de adulto había llevado a la mesa más de una pieza para comer. Recordó a Macarena con una punzada en el corazón, ella siempre había sido muy mañosa para despellejar, cortar y limpiar; pero un desastre cocinando. Anduvo por los campos procurando esconderse entre arbustos y árboles, el terreno se levantaba un poco por lo

que tenía muy buena visión de los alrededores. No veía a sus persecutores. Consiguió cazar una liebre, y volvió a la cueva. Ya era de noche. Colgó al animal de un gancho de la pared para prepararla, pero el sueño le pudo de nuevo y cayó dormido. A media noche se despertó, oía pisadas cerca de la entrada de la cueva. Agarró la navaja y esperó en guardia.

—¡Eh! ¡Tú! —oyó que decía una voz desde fuera— ¿eres el fugado del Monasterio? Te andan buscando muy cerca. Te hemos visto esta mañana.

Arturo mantuvo la posición con la respiración cada vez más agitada.

—Sal hombre, que te vamos a ayudar —dijo de nuevo la potente voz.

Al no moverse Arturo, empezaron a quitar las rocas y las ramas, despacio, hasta destapar la mitad de la entrada de la cueva. Arturo pudo ver desde la ventaja de su oscuridad lo poco que iluminaba la luna. Eran cuatro o cinco hombres harapientos y sucios, armados con cuchillos y alguna escopeta de caza. Salió de la cueva tembloroso. Ya fuera se dio cuenta de que esos hombres no le harían daño. Eran fugitivos, lo vio en sus rostros y en su aspecto descuidado. Poco a poco se fue calmando, y el grupo se le presentó.

—Soy Diego, el cura. Los cinco somos hermanos y yo soy el mayor de todos. Estás en Rozalén del Monte.

—Andrés, campesino, soy el que le sigue. Éstos son mis hermanos pequeños, los melgues: Ángel y Tomás, y el pequeño Julio. Son cabreros los tres.

Arturo saludó a cada uno de ellos dando la mano.

Cuando terminaron les dijo su nombre, y les confirmó que era el preso que se había fugado de la cárcel de Uclés. Le llevaron hasta su escondite, un llano que quedaba en un terreno más bajo, entre arbustos de moreras y encinas altas que tapaban el humo que desprendía el fuego. Arturo se alegró de tener algo caliente que le arreglara el cuerpo. Estaban cocinando un caldo con huesos de gallina y un trozo de tocino, al que más tarde añadirían algunos puñados de arroz. Le mostraron cómo se las habían arreglado para tener una vida medianamente confortable. De un árbol habían colgado un depósito de agua, con un agujero en la base que tapaban con un tapón de corcho. Cuando se querían duchar calentaban agua en un caldero y lo echaban dentro. Tenían sacos, mantas, ropa limpia, y todo tipo de enseres.

—¿Cómo es que estáis tan bien preparados? —preguntó mientras cogía con la cuchara un poco de caldo de su plato.

—Nos hemos ido arreglando, al principio no teníamos nada, ni siquiera algo que comer, poco a poco nos hemos ido trayendo cosas del pueblo, bien de las casas abandonadas, bien de lo que las mujeres nos preparan —le dijo Diego.

—La ropa nos la lava la señora de Andrés, que aprovecha y cuando se la lleva le pega un revolcón —se burló Ángel. Todos rieron— tanto es así que el semental la ha dejado preñada.

Aquella noche Arturo cayó en un sueño muy profundo, estaba muy cansado y además con el estómago bien lleno., acostumbrado como estaba a comer poco más que algo de caldo o una patata cocida al día. Al día siguiente sus nuevos compañeros de batallas le prepararon una ducha caliente y le dieron ropa limpia. Arturo sintió dolor en la piel al recibir el agua templada, y calma al notar la suavidad y el añorado aroma que desprendía la pastilla de jabón casero hecho con aceite y sosa. Se vistió con la ropa limpia que le prestaron. En el fuego una olla en la que se estofaban patatas y la liebre que él había cazado el día anterior.

—Esta noche iremos al pueblo —dijo Diego— tenemos que coger algo de comida, y llevar ropa a casa de Andrés —el aludido sonrió con picardía— debe ser a medianoche, cuando la guardia se retira de las calles y solo dejan uno, desde que nos andan buscando tienen militares por

el pueblo haciendo rondas día y noche. A nuestros padres los mataron por no contar donde estábamos...bastante sabían ellos, apenas nos pudimos despedir el día que nos fuimos, con un beso y un abrazo, cogimos algo de ropa y casi nada de comer. Los vimos morir, los ejecutaron en la misma calle que llevaba a nuestra casa, los dejaron tirados en el suelo como perros, la sangre corriendo en un río de dolor.

—Yo os acompañaré —le contestó Arturo, sin saber muy bien si lo hacía por empatía o por agradecimiento.

—No —dijo Andrés— tú no estás tan acostumbrado a esconderte, a andar en la noche, podría verte cualquiera y denunciarte.

Arturo se quedó pensativo, tampoco es que le importara mucho ir, al fin y al cabo su convivencia con ellos iba a ser pasajera, tenía la firme idea de seguir su camino hasta llegar al pueblo, donde convencería a Irene a huir juntos con su pequeño, donde nadie los conociera ni los persiguiera, posiblemente a Francia. Los hermanos le contaron durante la cena cómo se habían organizado todo el tiempo que llevaban escondidos:

—Nunca nos quedamos mucho tiempo en el mismo sitio —dijo Diego— aunque la idea de las cuevas nos pareció bien al principio.

—Pero por seguridad debemos cambiarnos a menudo —dijo Julio.

—Nos movemos por la noche, cada dos días más o menos —Andrés era seguramente quien menos ganas de alejarse del pueblo tenía— siempre nos quedamos por aquí, por nuestros campos, como mucho nos alejamos diez kilómetros, en los terrenos que hay entre nuestro pueblo y Saelices, sabemos que es arriesgado, pero nos asegura tener a mano siempre víveres, y conocemos bien el terreno.

Diego le contó que su fe le ayudaba a mantenerse en pie. A Andrés le animaba saber que su esposa siempre le esperaba. Los otros tres hermanos, mucho más jóvenes, se tenían entre ellos, y con eso se conformaban, se habían acostumbrado a ese tipo de vida ya que prácticamente no conocían otra. Arturo reconoció en Ángel la mirada perdida de Manolo. Un rayo le cruzó el cuerpo arrastrando la paz que hacía poco había alcanzado. Esa noche Arturo se quedó en el campamento solo, mientras todos iban al pueblo, agradeció la soledad a la que se había acostumbrado tanto, y recurrió a sus pensamientos e imaginaciones, a los que ya recurría con tanta frecuencia que a veces le costaba distinguir lo que había pasado de verdad de lo que se había inventado su castigada mente.

CAPÍTULO IX

EL “CONSENTIMIENTO”

Cuando llamaron a la puerta Irene estaba encendiendo la lumbre. Currete aún dormía, y ella se acababa de despertar y estaba aún en camisón. Con la poca leña que tenía le costaba mucho encender el fuego, el único tronco grande que dejaba de un día para otro necesitaba leña pequeña para arder, y cada vez escaseaba más. Con el invierno habían llegado las primeras heladas, y apenas se podía conseguir alimento, leña, o agua. Recordó los buenos tiempos, en los que, aunque no era feliz junto a su difunto esposo, nunca le faltaba de nada. Siempre tenían el fuego vivo, con algún puchero de succulenta comida hirviendo en el lateral de la chimenea, buena ropa en invierno tejida con la lana de las ovejas, buen vino de sus propias uvas, el aceite que no faltaba... Era época de abundancia que ahora se echaba de menos. Poco fuego, poco que comer... A Irene le extrañó que llamaran, puesto que aunque ahora cerraba la puerta, todo el que era de confianza sabía que metiendo la mano por el ventanuco se podía abrir el cerrojo. Se puso por encima una chaqueta de lana y salió a abrir. Tuvo miedo de que fueran los oficiales, que vinieran a registrar para llevarse existencias, o incluso que alguien la hubiera denunciado. Estar sola criando a su hijo no estaba bien visto y cualquiera podía acusarla de hechos impuros, fueran reales o no.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy Nicolás.

Irene se quedó paralizada. Hacía casi un mes desde que había ido a casa de su hermana y todavía no había obtenido respuesta alguna. Ni siquiera la había vuelto a ver. Abrió la puerta.

—¿Puedo pasar? Hace frío. Irene miró a un lado y otro de la calle, y se apartó de la puerta para que Nicolás pudiera entrar. Una vez dentro él se quedó mirando la chimenea, aún apagada, la mesa, las sillas. Era muy sencillo el hogar de Irene, solo la cocina y la habitación, había olvidado con lo poco que se puede vivir.

—No te puedo ofrecer nada —ni aunque hubiera podido le hubiera puesto nada de comer.

Por mucho que Nicolás la hubiera ayudado tanto, no podía evitar odiarlo a muerte. Por todo y por nada. Por ser hijo de quien era, por sus ideas restrictivas, por su empeño en que ella se olvidara de todo y se fuera con él, por haberse casado con su hermana limitando así a Guadalupe cualquier posibilidad de ser amada. Lo odiaba tanto por tratarla tan irritablemente bien siempre, y preocuparse por ella cuando ella no lo había pedido. No entendía cómo se había podido enamorar de ella, si nunca le había dado pie a nada. Cuánto más arisca era con él, más atento estaba con ella.

—¿Te quieres sentar? —Irene se agachó frente al tronco para intentar encenderlo, notó la mirada de Nicolás clavada en su cuerpo. Cuando lo consiguió se dirigió a la pila de piedra, donde tenía un poco de agua para lavarse las manos.

—No hace falta, gracias —Nicolás observó con lascivia las curvas de la muchacha—. Guadalupe me dijo ayer que viniste a casa. Si lo que quieres es trabajo no hay problema. Yo puedo alimentarte a ti y a tu hijo, a cambio de que vengas a ayudar a tu hermana. Puedes cocinar y cuidar del pequeño —dio unos pasos y se acercó por detrás a Irene— no te voy a pedir mucho

más —se pegó a ella de manera que apenas quedaba sitio entre el fregadero y su cuerpo. Irene aguantó la respiración para evitar más contacto del que ya había. Él metió las manos por debajo de su falda, y subió despacio por sus piernas, hasta las nalgas. Irene se contrajo. Pero el recuerdo de las últimas noches ella misma moviendo una piedra en el caldero con agua, haciendo como que cocinaba algo para darle a su pequeño, mientras éste le decía: “Madre, hambre” con su lengua de trapo, hasta que el niño se dormía cansado de esperar, le hizo frenar su impulso de zafarse de los brazos de Nicolás, que ya le habían llegado hasta la entrepierna, ella aflojó. Él le acercó los labios a la oreja y después de lamérsela, le susurró:

—Serás mía —ella notó la erección entre las piernas, pero no se movió. Oyó la hebilla del pantalón golpear contra el suelo.

Nicolás la cogió por las muñecas en un signo innecesario, para poseerla con más violencia de la que realmente hubiera hecho falta. Irene no se resistió, no habló, no gritó, apretó los dientes y cerró fuerte los puños. No podía respirar. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas llevándose la ira y el dolor. Su cuerpo estaba helado y petrificado. Tenía las mandíbulas tan juntas que los dientes empezaron a rechinar. Un pequeño hilo de sangre calló desde la comisura de su boca. Pensó en su niño, en que al menos podría trabajar y alimentarlo. Estuvo a punto de desmayarse, la rabia se había convertido en pena, y no podía más que aguantar. Por suerte para ella su agresor llevaba tanto tiempo con el deseo acechando que en dos empujones todo acabó. Él trató de recuperar el aliento, sin moverse, dejando caer la cabeza sobre la rígida espalda de Irene. Cuando su respiración se normalizó, se subió los pantalones y se marchó. Cuando Irene oyó el portón cerrarse, se dejó caer al suelo hecha un ovillo. Rota de dolor. Su orgullo partido en dos. Aquel martes Irene sacó un pliego de papel, mojó la punta de la pluma con tinta, y el tiempo pasó sin que fuera capaz de escribir nada para Arturo. Cuando guardó la hoja junto a las demás solo había manchas que habían goteado lentamente sobre el papel. Así se sentía ella.

Fue la primera vez que Nicolás la tuvo, pero no la última. A partir de ahí la tomó cuando quiso y cuanto quiso, normalmente en casa de ella, cuando el niño dormía, por la mañana, por la tarde, por la noche. A cualquier hora aparecía allí y sin mediar palabra la violaba una y otra vez. A cambio Irene pudo dar de comer a su hijo. Y Guadalupe encontró a su marido mucho más amable y cariñoso con ella de lo que había sido nunca. Para cuando su hijo nació, Guadalupe era la mujer más feliz del mundo, su marido la colmaba de atenciones, nublado por el remordimiento y por el miedo a que se diera cuenta, y tenía a su hermana en casa y a su servicio. Nada le hacía pensar que todo cambiaría drásticamente.

CAPÍTULO X

TRÁGICA NOCHE

Los hermanos emprendieron el camino a través del bosque, tenían por delante tres kilómetros de caminata. Hablaron de Arturo, lo veían valiente y emprendedor, pero también un posible problema, puesto que lo estaban buscando, y eso implicaba que podían encontrarlos a ellos también. Cuando llevaban más de dos kilómetros, Ángel tuvo un mal presentimiento. Se detuvo y miró hacia el pueblo. A esa hora todavía debía haber patrullas de guardias haciendo la ronda, pero el pueblo se encontraba en silencio absoluto, no se oían los cascotes de los caballos, ni tampoco se veía movimiento. Diego les tranquilizó y reanudaron el paso, eso les evitaba tener que esperar a que se retiraran. Siempre seguían el mismo plan, trazado al milímetro para evitar riesgos. Se separaban en dos grupos, uno encargado de los víveres y el otro que iba revisando las casas que quedaban abandonadas. Conforme a eso entraron al pueblo por separado. En el grupo que iba delante estaban Julio y Diego, quienes se dirigieron hacia casa de sus padres, donde las feligresas dejaban a Diego comida preparada por ellas, alguna gallina, huevos o un poco de trigo. Al entrar a la casa familiar Diego sintió una punzada en el pecho. Tanto amor como había recibido en la casa. Tantos buenos consejos de su padre. Todo había desaparecido por defender unos ideales que no casaban con las personas que dominaban ahora el país. Sintió empatía por el bando contrario, desde el fondo de su alma sabía que también había habido una época en que las cosas habían sido al contrario. Entró a la cocina, todo estaba ordenado y en su sitio, las personas de confianza del pueblo sabían de ellos, así que aunque la casa estaba abandonada la mantenían para que no fuera asaltada. Julio fue a la única habitación de la casa, donde tiempo atrás había dormido toda la familia. Se echó en la cama de sus padres, tapándose con una manta que los ratones habían roído. Se sintió en casa, a salvo.

En el grupo de tres iban Tomás, Ángel y Andrés, su tarea era saquear las casas, pero a éste último lo dejaban en la suya, donde su mujer le cambiaba la ropa sucia por otra limpia que le había lavado, como siempre hacía. Andrés se había aseado con esmero para la ocasión. Recordó el día en que la besó por primera vez, sintió añoranza. Se acordó de lo placentero que era abrazar el cuerpo de su esposa por las mañanas, las redondeces se le pegaban al camisón y a él le gustaba hacerle cosquillas para que ella retozara feliz. Subió contento el pedazo de cuesta que subía hasta su hogar, una sonrisa absurda se dibujaba en su rostro, fruto de sus recuerdos. Giró en la esquina para entrar por la puerta trasera, que daba al patio, levantó la mano para despedirse de sus hermanos, que reemprendieron el camino. Iba pensando en su Catalina, deseoso de preguntarle por el embarazo y abrazarla de nuevo. Al entrar al patio oyó una melodía que llegaba desde el otro lado de la casa, en la radio sonaba la canción Nubes y esperanza. Los hermanos lo vieron desaparecer al cruzar la puerta. Cuando habían alcanzado la mitad de la calle oyeron un disparo seco, de fusil, y el grito amargo de la Catalina. Los hermanos se detuvieron. Los fuertes latidos del corazón les retumbaban en los oídos hasta el punto de no oír nada más. Sentían que un martillazo les golpeaba las sienes y el frío inoportuno de la tragedia en el cuerpo. Tras los primeros segundos de incertidumbre se miraron y echaron a correr. Lo tuvieron claro. Los habían

descubierto.

Todos los hermanos menos el fallecido Andrés corrieron hacia el punto de encuentro. Cuando llegaron se miraron abatidos. Se abrazaron llorando. Afligidos volvieron al bosque, donde Arturo los esperaba ansioso, también había oído el disparo. Le contaron lo que había pasado, Arturo fue un poco más consciente del peligro que corrían, y decidió que tenía que emprender el viaje de vuelta a casa cuánto antes.

Pasaron varios días, la muerte de Andrés había hecho que el grupo se encontrara en letargo. Diego experimentaba una grieta en su firme fe, tras haber presenciado la muerte de sus padres, ahora le mataban a un hermano. Sabía que no funcionaba así, que la fe es más que eso, pero su corazón estaba herido y no era capaz de formalizar el perdón con su Dios, a quien siempre le había hablado de tú a tú. Los pequeños se habían quedado desamparados, y no eran capaces de tomar el mando. En una semana se tenían que haber movido de sitio al menos por tres veces, y no lo habían hecho, de manera que corrían peligro inminente, y más cuando el fugado se encontraba entre ellos. Durante la semana siguiente Arturo estuvo recolectando algunos víveres para preparar la huida. Recogió algunas bellotas y almendras que encontró por el suelo. Cogió algunos champiñones de la cueva, y allí mismo los cocinó, manteniéndolos después en un frasco con aceite que cogió de las provisiones de los hermanos. Aunque al principio pensó en huir solo, porque los hermanos podían ser un lastre para él, se sentía en deuda con ellos y empezó a hablarles de migrar. Les habló de su pueblo, de que allí no les conocería nadie y podrían empezar de nuevo. Pero los pequeños no tenían ánimo de organizar nada, y no eran capaces de acercarse a Diego para convencerlo. Cuando Arturo tuvo todo preparado quiso intentarlo por última vez.

—Sé que estás desolado —se sentó frente a Diego— que tu Dios te ha fallado y que piensas que no eres capaz de llevar adelante todo esto. Te aseguro que me he sentido así muchas veces. Que pasé por la cárcel por el único delito de amar a una mujer con locura. Que no sé de ella ni de mi hijo, al que llevaba ella en su vientre sin yo saberlo. Que la única persona a la que aprecié en la cárcel, y a quien arrastré a escapar de ella, murió por mi culpa. Ahora soy un fugitivo buscado por los guardias con el fin de pegarme un tiro. No preguntarán, no sabrán nada de mí ni de mis razones. En eso estamos juntos. Diego tienes tres hermanos que te necesitan, están más perdidos que tú, y debes coger las riendas.

Diego lo miró sin expresión. Tenía los ojos hinchados y ojeras de no dormir. Balbuceó algo sin sentido. Arturo se levantó y fue a hablar con los tres hermanos. Les comentó el estado de Diego, tendrían que cargar con él, ahí o en cualquier otra parte. Al fin y al cabo ellos eran habilidosos en el bosque. Les explicó el plan, ir a su pueblo, esconderse donde sabía que Luisito lo había hecho. Acercarse a la casa de Irene, incluso a la suya, al fin y al cabo a ellos no los conocían. Y una vez allí ver cómo estaban las cosas, qué posibilidades tenían. Los huérfanos se miraron entre sí y asintieron convencidos. Tener un plan les hizo recuperar el rumbo. Decidieron entre todos posponer la partida hasta la noche siguiente para recoger todos los enseres que tenían repartidos en escondites, y también para burlar así los controles de guardia civil. Esa misma tarde, nada más oscureció, mandaron a Arturo a la iglesia, donde dejó una nota para que avisaran a la viuda de Andrés para que al día siguiente acudiera allí. Cuando entró al hueco del campanario, donde habían quedado con ella, les dio impresión verla de luto, joven como era, y embarazada como estaba. Ella les contó entre lágrimas cómo la guardia civil se había enterado por un vecino del pueblo de su embarazo y la había denunciado. Como consecuencia se había tenido que defender diciendo que era de su esposo, no sin que antes la torturaran. Habían esperado a Andrés en el patio, por donde sabían que entraría, y sin más le habían pegado un tiro. Ahora

tendría que criar a su hijo sola, y con el sentimiento de la culpa de haber delatado a su propio marido. Le dieron la cuarta parte del poco dinero que habían ido guardando, procedente de los saqueos. Y le pidieron la mula que su hermano utilizaba antaño para labrar el campo, estaba tan escuálida que ni siquiera la podría vender. Al volver a casa, puso unas alforjas donde metió algo de vino y queso que había guardado con tanto cuidado para darle al esposo la fatídica noche en que fue ejecutado. Dio una palmada en la paletilla para que la mula saliera corriendo calle abajo. Después entró en casa, el miedo la comía por dentro, quien sabe si quien la había delatado también habría hablado de los hermanos. Salieron con la mula por las afueras del pueblo para que nadie oyera los cascós. Fueron hasta el escondite, la metieron en una de las cuevas para que nadie la pudiera oír rebuznar. Lo dejaron todo preparado, y se acostaron al alba en otra cueva. Dejaron de vigía a Diego, quien no dormía ni de día ni de noche.

Permanecieron todo el día descansando, para partir cuando cayera la noche. Arturo se fio del conocimiento de los hermanos para trazar una ruta que les llevara hasta su pueblo. Uniendo el fin del camino donde ellos sabían llegar, con el principio del suyo, quedaba poco terreno desconocido. Pasarían por cuatro pueblos más antes de llegar. Los gemelos sabían que el pueblo que primero encontrarían, era peligroso, puesto que la mayoría de los que en él habitaban, estaban a favor del régimen, y que podían conocerlos por cercanía con su propio pueblo. Así que lo bordearon en lo posible, alejándose lo suficiente de él para cuando amaneciera. Levantaron un pequeño campamento en un recoveco del bosque que se encontraba pasándolo, y allí pernoctaron.

—Diego, hermano —le habló Tomás— todo va a ir bien a partir de ahora. —Arturo no va a sustituir a nuestro hermano —fueron las primeras palabras que decía Diego desde la muerte de Andrés— ni va a hacer que yo vuelva a creer en la esperanza, y mucho menos en el que llamaba mi Dios.

—No lo pretendo —respondió airoso Arturo— tenemos que sobrevivir Diego, tus hermanos te necesitan. A Andrés lo mataron porque alguien dio el chivatazo, su esposa estaba embarazada, es normal que la gente se diera cuenta de que estabais cerca, y por otro lado me buscan a mí. Es necesario movernos, las cosas no parecen cambiar en lo político, así que tendremos que adaptarnos, buscar una vida. Sobre tu Dios poco te puedo decir, yo nunca he creído que mis planes estuvieran apoyados por él, pero he conocido a lo largo de mi vida muchas personas que creían en Él, y que se han ido desmoronando tras la guerra, tras el hambre, las muertes de seres queridos... mi padre los criticaba a todos, creer en Dios era para él mucho más que tenerlo a favor. También lo tienes que amar en las adversidades.

—Mi corazón se ha cerrado, Arturo, puede ser que tengas razón, que mi fe no significara nada, que haya creído todo el tiempo en un ente transparente, que me había hecho a mi medida, pero así es ahora, no puedo sino sentir dolor, traición, no puedo estar bien con él, y tampoco conmigo por haber estado equivocado siempre.

—Hermano —dijo Julio— ¿recuerdas lo que decía madre? —ella recordaba siempre el versículo de los Efesios “Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza. Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad”. Madre se disgustaría mucho si te viera así, Diego. Ella nos inculcó la fe, nos hizo aprender a resistir pese a todo, a escudarnos en la fe e ir contra la adversidad —sin duda de no ser por la guerra Julio hubiese seguido los pasos de su hermano hacia el celibato— no pongas nuestras desgracias en manos de Dios, cuando han sido los franquistas los que mataron a padre y madre, y los que han asesinado a sangre fría a Andrés. ¿Qué les importa a ellos que amara tanto a su esposa? Les da igual que su hijo fuera legítimo, que no hubiera hecho daño a nadie nunca, le

han roto la vida a su mujer, y a su hijo no nato, y a nosotros...

Se hizo el silencio entre todos. Finalmente lo rompió Arturo:

—En la cárcel he oído muchas cosas Diego, esta absurda guerra se ha llevado gente buena, personas amadas, niños inocentes. Eso nos da motivo de sobra para tener angustia, desesperación, odio. Puedes tomar ese camino, o el de la lucha, el de seguir adelante y vengarnos de todos esos hijos de puta. Te aseguro que hay cosas peores que la muerte. En la cárcel he visto compañeros torturados. Esposos, padres, hermanos, que vieron cómo sus mujeres eran violadas una y otra vez por militares sin Piedad. Y fueron encerrados después en la cárcel para seguir siendo maltratados, y sin saber la suerte que han corrido ellas, no sus hijos, y sus propios hermanos. Somos muchos los que estamos a este lado. Tenemos que salir adelante para que todo esto no quede en el olvido, debemos hacernos oír.

Como un bálsamo llegaron estas palabras a los oídos de Diego, pero también de los hermanos, quienes con lágrimas en los ojos acudieron a abrazar a Arturo, y abrieron los brazos para que entrara también Diego. Acordaron caminar por los campos hasta llegar al menos a Villarejos, donde nadie hubiera oído hablar de ellos. Era Diciembre de 1944.

CAPÍTULO XI

LA SENTENCIA

Enero de 1945

De los recuerdos que tenía Irene del tiempo que estuvo en prisión, la mayoría eran buenos, salvando la angustia que pasó al ser detenida, y mientras estuvo allí, por la falta de información sobre Arturo y Juan Antonio. Las mujeres la habían acogido bien. Al principio no hablaba con nadie. Apenas se levantaba del camastro que le habían asignado, y pasaba el día llorando o durmiendo, sin ganas de otra cosa. A los pocos días de estar allí se le acercó Carmen. Era una mujer de unos cuarenta años, morena de cabello y de piel, que tenía la cara muy arrugada, y de tan delgada que estaba se le marcaba la quijada, además de los huesos del esternón y la cadera. Siempre iba vestida de negro y con un moño bien prieto que se hacía con agua, por las mañanas, partiendo el pelo con raya en medio y otra de mitad de su cabeza hacia atrás. De la coleta de atrás tejía una trenza que enrollaba sobre sí misma. Después hacía otras dos trenzas con cada uno de los mechones laterales, y los enrollaba sobre el moño de atrás. La llamaban la peiná.

—Buenos días muchacha, ¿cómo te llamas? —le dijo a Irene agachándose hasta la altura de su cara para buscarle la mirada.

Irene levantó la vista, sorprendida de que alguien le hablara. Giró la cara y siguió mirando hacia el muro del patio, por encima del que se levantaba un sol resplandeciente.

—Hoy lloverá, el sol pica, y está tan brillante que deslumbra.

—Eso parece —sonrió Carmen, contenta de haberle arrancado seguramente las únicas palabras que había dicho en al menos una semana— ¿cómo estás criatura?

Irene, que de nuevo había mirado a Carmen a los ojos mientras le hablaba, giró de nuevo hacia otro sitio. Su mirada se perdió ahora en las montañas que asomaban por detrás del muro. Y recordó el fuerte cuerpo de Arturo sobre el suyo, en el suelo bajo la encina. Un aguijón se le clavó en el pecho, tan grande, que sintió que la partía en dos.

—Soy Irene.

—Yo Carmen. Las que estamos aquí no solemos contarnos de buenas a primeras lo que nos ha traído, ni hablamos sobre la familia o cuánto tiempo estaremos. Lo primero porque puede resultar peligroso, lo segundo por doloroso y lo tercero porque no lo sabemos. Así que para empezar no está mal que nos digamos el nombre, y ya iremos hablando poco a poco de todo lo demás

Era una mujer con mucha sensibilidad, había notado la mueca en el rostro de Irene al mirar las montañas, había percibido su dolor, pero no quiso preguntar, no tan pronto, cada una allí tenía su historia, un porqué y un cómo. A ella le habían matado al marido, un día sin más habían entrado los guardias a la casa y se lo habían llevado para fusilarlo. Ni siquiera hoy sabía muy bien por qué, alguien le habría acusado falsamente de algo, pero a ella la habían detenido justo después, y nunca había podido hablar con nadie que supiera sobre el tema. La habían interrogado durante los dos primeros días, sobre las ideas políticas de su marido, sobre si iba a la iglesia o no, sobre la gente con la que frecuentaba y cómo se ganaban el pan. También por qué no habían tenido hijos. Carmen había contestado como había podido a todas las preguntas, sin mentir pero sin contar toda

la verdad, excepto a la última, a la que había contestado con la verdad más sincera y desgarradora: ellos no habían tenido hijos porque Dios no había querido. En cambio le había enviado embarazos dolorosos y abortos en los que más de una vez estuvo ella cerca de la muerte. Finalmente la habían llevado a la celda, donde llevaba casi tres meses. Allí, sintiéndose todavía joven pese a ser entre diez y quince años más mayor que la mayoría de las mujeres que había, pero sintiéndose en parte madre de todas ellas, se había propuesto ayudar en lo posible, sobre todo moralmente, a cada una según sus necesidades. Y así hacía, las observaba y después se acercaba a ellas poco a poco según veía que ellas iban a responder bien. Todas la veían como una madre. Cuando habían metido a Irene, Carmen la había visto llorando, día y noche, y había sentido ganas de ir y hablarle desde el primer momento, pero sabía que si lo hubiera hecho, Irene no le hubiera dicho ni media palabra. La había dejado sacar toda la pena y toda la ira, y solo en el momento en el que había visto que por fin había salido al patio, se había acercado a ella. Tras un mes se habían hecho muy buenas amigas, se habían contado toda su vida, incluyendo las penas, y habían alcanzado una paz interior que solo se puede lograr cuando uno se siente querido y puede confiar a alguien sus inquietudes.

—Me casé con Juan Antonio cuando acababa de cumplir veinte años, él tenía tres más. Lo conocía de siempre, del pueblo, y a mi padre le pareció bien que me casara con él. Era trabajador, un hombre de pocas palabras. Venía por las tardes a mi casa, y me trataba de conquistar como podía. Un día traía aceite de oliva, otro día me traía un poco de queso que había hecho él en casa. Mi madre estaba encantada y no poco menos mi padre. Fue antes de la guerra. Me casé un año después de que empezará a venir a casa. Era, el 31 de mayo de 1934, hacía un sol maravilloso, y me sentí hermosa y amada. La fiesta, el calor de mi familia... él se turbaba solo con mirarme. Nos fuimos a vivir a la casa de su abuela, se la habían dejado en herencia sus padres al morir. Me dejó arreglar la casa a mi gusto. Nunca tenía una palabra de más. Salía de trabajar y venía directamente a casa. No logré enamorarme de él. Yacíamos juntos, él era delicado siempre dentro de su rudeza, pero no pude amarlo. Nunca me quedé embarazada. Con veintisiete años la vida me dio un giro inesperado. Un chico del pueblo, Arturo, coincidió conmigo en el campo, y vino a mí. Yo siempre lo había visto apuesto, pero jamás había pensado en él como algo más... Todas las muchachas iban locas por ese mozo, que solo tenía dieciocho años. Me enamoró desde la primera conversación.

Irene arrastraba las palabras de forma desgarradora

—Me piropeaba, me sonreía cuando nos cruzábamos por la calle, ajeno a las miradas de la gente... Empezamos a vernos con frecuencia, al principio yo me resistí mucho —Irene suspiró e hizo un silencio dramático—, en mi cabeza jamás hubiera cabido la posibilidad de ser infiel a Juan Antonio, ni a nadie. Pero no lo podía evitar, me atraía su cuerpo, me atraían sus brazos, sus labios, sus manos acariciándome por debajo de la falda. Pero nuestra relación fue turbulenta. Había momentos en los que me hacía la fuerte, y lo dejaba. No soportaba llegar a casa y mentir a mi marido. No se lo merecía. Y además él seguía flirteando con todas las muchachas del pueblo. Así que poco después de empezar la guerra, él se casó. No tardó mucho en volverme a buscar. Seguimos viéndonos a escondidas, siempre que podíamos... para besarnos, tocarnos. Seguramente Dios nos castigó por lujuriosos. Hemos hecho el amor de todas las formas posibles, he disfrutado de su cuerpo a mi antojo y le he dejado a él hacer lo mismo, ha sido como un veneno para mí. Cuando le tenía cerca, su cuerpo me atraía de tal forma que nunca he puesto freno a mis deseos. Hemos hecho cosas que nunca pensé que se podían hacer.

Irene rompió a llorar. Cuando se encontró más calmada le contó a Carmen todo lo sucedido.

Poco después de aquella conversación, Irene se dio cuenta de que había tenido dos faltas, primero pensó que podía ser por los disgustos, pero poco después se dio cuenta de que seguramente podría estar embarazada. Se lo había contado con mucho miedo, ya que pensaba que la ejecutarían por ello.

—Puedes contárselo a tu amigo el abogado, la próxima vez que venga a verte, no es necesario que le digas que es de Arturo, él puede pensar que es de tu marido.

Y así lo hizo Irene, la siguiente vez que Nicolás había ido a visitarla, se lo había contado. Había notado en su cara alegría, puesto que, por un lado, había encontrado la fórmula para sacarla de ahí, y por otra, había entendido con ello que Irene quería contar con él fuera de la cárcel. Que formarían una familia y que acogería a ese niño como si fuera suyo.

A Carmen la llevaron a un interrogatorio una tarde, poco antes de que Irene fuera liberada. La devolvieron a la celda, apaleada y rapada. La habían despojado del pelo como si con ello le quitaran lo único que le quedaba, su identidad. A la tarde siguiente se la llevaron. Como cada noche oyeron los disparos de los fusiles en la pared trasera del patio. Irene no la volvió a ver. Cuando llegaron al pueblo, un mes después, con todos los papeles en regla y la recomendación por parte de las autoridades, de que se casara y fuera recta en su comportamiento, Nicolás quiso que fueran directamente a su casa. Irene no solo no quiso sino que además se enfadó con él y estuvo unos días sin hablarle. Nicolás fue un día a pedirle perdón, y volvieron a hablarse. Durante mucho tiempo inventó mil maneras de conquistarla, le llevaba flores cortadas por él mismo, pasaba a verla todas las tardes con algún dulce... pero Irene no podía olvidarse de Arturo, y no podía pensar en un matrimonio de conveniencia. Poco después, Nicolás fue una tarde a casa de Irene con Guadalupe, le contaron que se iban a casar. Irene pensó que al final él se había olvidado de ella y se había enamorado de su hermana. Tiempo después entendió que no era así como habían pasado las cosas. Ahora, sentada frente al fuego, esperando que Nicolás apareciera de un momento a otro, recordaba todo eso y pensaba en la mejor forma de arreglar las cosas. Había tenido ya dos faltas y no dudaba de su embarazo. Su temor crecía por días, y no se atrevía a decírselo. Había esperado que con el esfuerzo de llevar adelante las dos casas, y el trabajo que le suponían los abusos a los que se enfrentaba cada vez con más frecuencia, hicieran que el embarazo se diluyera. Pero no había sido así, en un mes la barriga de Irene iba a empezar a notarse demasiado como para seguir escondiéndolo. Tenía miedo de que Nicolás se diera cuenta y pensara que se había acostado con alguien, así que decidió decírselo sin más. Al fin y al cabo era la única persona del mundo que la iba a defender, y ella sabía cómo hablarle para que él fuese amable con ella. Cuando Nicolás apareció por la puerta Irene se mostró relajada, y cariñosa. Necesitaba evitar a toda costa que él la volviera a tocar, no lo soportaba más. Aquella mañana fue extremadamente amable con él, y cuando estaba a punto de abalanzarse sobre ella, le confesó que estaba embarazada.

—¿De verdad? ¡Amor mío qué feliz me haces!

El abogado la abrazó.

—Te prometo que te voy a cuidar siempre —Irene sintió en el abrazo que el aire le faltaba, pero más aún en la promesa—, vamos a ser una familia, tus hijos y tú vais a estar siempre bajo mi protección.

Cuando la noticia del embarazo llegó a oídos de Guadalupe, ciega de amor por su esposo, no tuvo otra que acusar a su hermana ante su suegro, el alcalde. Por supuesto ella no hubiera admitido jamás que aquel hijo era de Nicolás, por mucho que fuera un secreto a voces. El alcalde sí lo supo, y no es que se alegrara, pero tampoco tenía por qué justificarse, ya que era frecuente que los

señores abusaran de las chicas que trabajaban en la casa. De manera que padre e hijo siguieron actuando de la misma forma, y no hubo represalias para nadie, puesto que todo estaba dentro de la legalidad. Aunque fuera el sufrimiento y la muerte en vida de Irene, aunque no necesitara ningún hombre que la protegiera y que la cuidara. Aunque no deseara tener ese hijo y no lo quisiera. Era víctima, no culpable. Sin embargo la hermana de Irene estaba llena de odio y celos, y no la defendía, al contrario, la acusaba, de yacer con medio pueblo, ‘vete tú a saber con quien o con quienes’ le dijo a su suegro... De no ser por Nicolás, quien de nuevo intercedió por ella, hubiera sido directamente llevada a la cárcel junto a su hijo.

CAPÍTULO XII

AMADA Y AMADO

Tras casi una semana, el grupo de desertores llegó a Villares. Después de los primeros días de reconocimiento en los campos, decidieron acercarse a un campesino al que identificaron como republicano por las conversaciones que mantenía con su esposa mientras sembraban los campos de trigo. El matrimonio se asustó mucho cuando el grupo se les acercó, por su aspecto, pero rápidamente el hombre los encasilló como huidos, y les brindó ayuda. El buen campesino, entusiasmado con ver en los ojos de los muchachos valentía, fuerza y lucha, los acogió en su casa, honrado por servir. Les contó apesadumbrado que había luchado en el bando de los rojos durante el último año de la guerra, pero que pronto lo habían mandado a casa por una herida grave que lo había dejado tuerto de un ojo. Se podía percibir en sus palabras la tristeza, la ira y la culpabilidad. Cualquiera que lo oyera podría pensar que por su única baja se había perdido la guerra. Decidieron propagar en el pueblo que los recién llegados eran familiares que habían vuelto a casa después de trabajar en Francia, y que permanecerían allí una temporada. Acordaron con él ayudarle en el campo durante un breve espacio de tiempo para recuperar fuerzas y poder almacenar víveres de nuevo. El hombre tenía dos hijas. La mayor todavía estaba soltera, y la más joven de ellas se había quedado viuda a sus veinte años al morir su marido en la guerra. El rostro de la viuda resplandecía como nunca cuando estaba cerca de Arturo. Amada se sentía atraída por él. El padre, que lo vio, siempre le mandaba tenerle las sábanas limpias en las improvisadas camas de paja que les habían preparado en la cuadra, y servirle en todo lo que él necesitara. Desde antes del inicio de la guerra no había visto tan feliz a su hija. Un día al volver del campo, Amada lo estaba esperando en el patio, con la ropa limpia preparada.

—Desnúdate, te voy a preparar el agua —le dijo a Arturo sin titubear.

Sacó una tinaja con agua caliente y un pozal en el que había una pastilla de jabón de sosa, se mojó las manos e hizo espuma con la pastilla. Se puso frente a Arturo y comenzó a lavarle el pecho, creando con sus manos enjabonadas círculos sobre la piel. Deslizó las manos hacia el brazo derecho, llegando hasta el extremo inferior, y sin despegarse de su cuerpo se resbaló hacia el otro brazo, haciendo lo mismo. Volvió al pecho y bajó hasta su cadera, donde se detuvo un segundo para tomar aire. Observó la virilidad de Arturo, que se había rendido a sus profundas caricias. Se puso de rodillas frente a él y masajeó sus piernas. Con un pequeño empujón a la altura del muslo le hizo darse la vuelta, y subió hasta sus glúteos, que masajeó dando rienda suelta a su deseo. Tomó su espalda y al tiempo que iba subiendo las manos, un poco por delante de las mismas, iba repasándole con la nariz la columna. Se tomó tiempo con los hombros. Después tomó la tinaja y echó agua sobre la piel enjabonada, a lo que Arturo la ayudó, después se la quitó de las manos y una vez la dejó en el suelo la tomó entre sus brazos y la besó con pasión. Arturo estaba acostumbrado a las caricias de Irene, el tiempo les había dado confianza, y ella siempre actuaba con mucha libertad sexual con él. Pero aquella desconocida le proporcionaba caricias firmes y decididas ante las que cayó rendido. La subió hasta su cadera y sin dejar de besarla, la apoyó contra una pared, penetrándola de una, sin titubear, y embistiendo hasta llegar al final. Estaba

acostumbrado a tener relaciones con Irene, no se había sentido atraído por ninguna otra mujer, por lo que esa noche cuando Amada se metió en la cama con él, se sintió contrariado. Quería pensar en Irene como cada noche, pero no podía, se sentía culpable. Estaba irritado porque le había sido infiel. No obstante se durmió con su imagen, abrazando a Amada, y por un momento sintió que lo que había pasado aquella tarde, había sido con Irene.

A la mañana siguiente el campesino se mostró extrañamente familiar con Arturo, quien entendió que Amada le había contado lo sucedido. Eso le dificultaba seguir adelante con sus planes. Lo que para él había sido un simple desliz carnal para ella había sido mucho más y ahora tendría que solucionarlo. Decidió seguir las cosas con normalidad, no cambiar el plan por el momento. Debían salir de nuevo en dos semanas, no era bueno estancarse tanto tiempo. Se arrepintió de su debilidad, puesto que de sus actos no solo dependía su futuro, sino también el del resto del grupo. Pero sus protectores no deberían notar nada, después de haber yacido con la muchacha debía corresponderla.

Durante las siguientes semanas hizo vida matrimonial con Amada, le regalaba sonrisas y besos por la mañana, y al volver del campo, se dejaba lavar y cuidar por ella, y todas las noches hacían el amor. Incluso dejó de pensar en Irene, se ilusionó de verdad y llegó a sentir que estaba en casa de nuevo. Los hermanos, que se dieron cuenta de lo que pasaba, decidieron hablar con él en el campo. Aprovechando que el campesino se había retirado a descansar un poco, se reunieron con Arturo.

—Amigo, tenemos que partir pronto —tomó la palabra Diego—, no te olvides que nos siguen buscando, y que aunque en este pueblo las cosas parecen más tranquilas, los militares pueden llegar en cualquier momento y hacer una inspección por las casas. Aún estamos muy cerca. Si nos piden la documentación estamos perdidos.

Arturo lo miró estupefacto. Con las palabras de Diego volvió a la realidad, se dio cuenta de que había perdido las riendas, que se había acomodado con la situación. No pudo contestar porque Amancio volvió al barbecho, pero estuvo pensativo toda la jornada, sintió de nuevo los pies pesados de la justicia tras él, la realidad cayendo como un plomo sobre sus hombros. Volvió a creerse un gorrion al que le han cortado las alas. Aquella tarde al volver a casa nada fue igual, las caricias de su amante no le parecieron tan gratificantes, y la culpa se hizo de nuevo presente. Volvió a sus pensamientos, a su Irene. Se sintió realmente mal por haberla olvidado. Amada, que notó que no se rendía a sus caricias, lo trató con dulzura.

—¿Qué te pasa, amado mío?

Arturo no pudo sino mirarla y cogerle el rostro con las dos manos, la besó profundamente, se fue a la cuadra, y se echó en la cama. Se sintió mal por su frialdad, por no poder sentir nada más por esa mujer que ahora se lo daba todo. Al día siguiente, en el descanso del campesino, habló con los hermanos, durante dos noches se prepararían, y en la tercera, huirían de nuevo.

CAPÍTULO XIII

GUADALUPE

Guadalupe miró con ternura a su amado esposo, mientras éste terminaba su desayuno. Cuando él estaba en casa ella no podía dejar de mirarlo. Le gustaba cómo hablaba, cómo comía, cómo se aseaba cada mañana...se deleitaba con cada rincón de su cuerpo cuando se desnudaba delante de ella. Veía en él una persona inteligente, honrada y noble. Cuando se iba a trabajar le gustaba salir a la puerta y ver cómo caminaba hacia el ayuntamiento. Otras veces él tenía que viajar a la capital y se ausentaba durante pocos días, le preparaba entonces el viaje con mimo. Guadalupe sufría cada minuto de los que estaba fuera de casa, tenía miedo de las represalias de los rojos que muchas veces se escondían en los campos. Los bandoleros habían escapado después de la guerra y se ocultaban en los bosques, cualquier persona que no fuera conforme a sus ideales, corría serio peligro, de la misma forma que habían hecho durante la guerra. Ella no entendía cómo podía haber personas que no estuvieran a favor de la nueva situación política, a sus ojos todos tenían comida, todos estaban seguros en los pueblos, el régimen había traído la paz, la unidad a España. ¿Y todas esas personas que no profesaban la fe? ¿Cómo podían? El régimen era garante de la religión, la familia, el orden y la prosperidad. Era curioso que ella muchas veces se sorprendiera a sí misma cantando canciones de la guerra “Ay, Carmela”, “Anda jaleo jaleo” o “Madre anoche en las trincheras”, canciones que su madre le había cantado de pequeña. Se emocionaba al hacerlo, pero al mismo tiempo se alegraba de que Nicolás nunca la hubiera oído. ¿Qué pensaría de ella? A Guadalupe le pesaban los orígenes desde que se había casado, no es que hubiera dejado de querer a sus fallecidos padres, pero no le gustaba que le recordaran que era hija del molinero. Su apoyo a su marido era tan incondicional o más desde que había sabido que a su suegra la habían asesinado los rojos, durante la República, unos años antes de la guerra, siendo Nicolás un niño muy pequeño. Guadalupe se apiadaba de su esposo por haber crecido sin el calor de una madre. Cuando Nicolás habló con Guadalupe la primera vez ella apenas lo podía creer. Era el hombre más guapo del pueblo. Desde pequeña lo había visto pasar, por delante de su puerta, cuando él iba camino del colegio. Envidiaba a su hermana porque él la miraba de una forma muy especial. En algún momento él se había dado cuenta de que Irene no lo quería, la habría olvidado y por fin había abierto los ojos y la había visto a ella. La primera vez que estuvieron a solas y la besó sintió cómo sus almas se daban la mano. Nunca había conocido a nadie que mirara de esa forma, con posesión, con poder. De la misma manera fueron los besos, las caricias, las relaciones sexuales. Nicolás se levantó de la mesa nada más terminar el café.

—¿Ya te vas? —preguntó Guadalupe.

—Sí, me voy al ayuntamiento, tengo que tratar unos asuntos con mi padre y llegaré tarde esta noche.

—¿Otra vez? Esposo, me gusta tenerte pronto en casa, ya sabes que me siento muy sola —suplicó Guadalupe, quien sabía que su querido esposo pasaba todas las tardes por casa de Irene.

Durante las semanas que habían pasado desde que Irene hablara con Nicolás de su embarazo,

ésta había seguido con su rutina. Por la mañana a primera hora se aseaba y levantaba a Currete, iba a por el racionamiento los días que tocaba, y después iba a casa de su hermana, donde limpiaba y cocinaba. El niño comía allí mismo, y después se iban a casa. Dada la mala relación que había empezado a tener con Guadalupe, o más bien Guadalupe con ella, procuraba estar allí el tiempo justo, y no se quedaba a comer allí. A veces tomaba un poco de caldo a media mañana, pero nada más darle de comer a Currete se iba a casa. Lo que no quería por nada del mundo era coincidir allí con Nicolás y Guadalupe a la vez. El poco decoro que le quedaba no se lo permitía. Irene salió de la casa con su hijo cogido de la mano y la cartilla de racionamiento en la otra. Se dirigió al ayuntamiento, donde le darían algo de trigo y un poco de leche para su hijo. Cuando estaba llegando a la plaza se encontró a Paco, el rubio.

—Buenos días morena.

—Hola Paco, ¿cómo estás?

—¿Éste es el hijo de mi amigo? —preguntó en voz baja mientras acariciaba el pelo a Currete. Irene contestó con la mirada— hacía tiempo que no te veía, no he podido acercarme a tu casa, estoy más que controlado. Volví de Francia y aunque dije que me iba por trabajo, al alcalde le tuve que enseñar un salvoconducto, pero no se le escapa ni una, y en este pueblo hay más delatores que gente en la que confiar.

—A mí me lo vas a decir.

—¿Estuviste en la cárcel?

—De milagro que estoy aquí, Paco.

Miraron a su alrededor, ya se habían formado varios grupos de gente chismorreando, y en la fila todos estaban atentos a ver si oían algo.

—Me paso esta noche por tu casa, tengo algo que contarte —le dijo Paco— puedes confiar en mí.

—Vente más bien tarde, Nicolás suele venir a visitarme hasta bien entrada la noche —Irene bajó el rostro en un gesto que delataba dolor y vergüenza por partes iguales.

—¡Hijo de mala madre! —dijo en un grito comedido Paco mirándole la barriga, que dada la extrema delgadez, y pese a la ropa holgada, ya se le notaba.

—Shsss —le mandó callar— que te van a oír.

—Irene, aunque no tengas esposo no estás sola, no tienes que sufrir esto también.

—Estoy embarazada, y sola. Paco solo puedo callar.

Se dieron cuenta de que cada vez había más gente que los miraba y señalaba. Se despidieron y acordaron que Paco pasaría a verla esa noche, vigilando que Nicolás ya se hubiera ido. Se puso en la cola del racionamiento, con su hijo, donde no pudo evitar que las mujeres le hicieran preguntas. Seguramente ya llevaba tiempo en boca de la gente por las visitas nada discretas de Nicolás y le habrían notado la barriga.

—Muchacha, ¿qué estás de nuevo preñada? —le preguntó la esposa del herrero dejando arrastrar las palabras entre sus dientes en una sonrisa deliberadamente falsa y un tono más que ensayado.

—Sí.

Irene se dio la vuelta y cogió a Currete en brazos, se puso a acariciarle el pelo y a besarlo para ocultar su rostro a la persona que le había hecho la pregunta. Una vez le tocó el turno bajó hacia casa de su hermana.

—Guadalupe, ¿qué te pasa? —encontró a su hermana en la cama, encogida, sudorosa, con las manos sujetando su vientre.

—Tengo mucho dolor, no lo puedo soportar —dijo arrastrando las palabras con los dientes apretados.

—¿Es de seguido, o va y viene?

—Creo que ya voy a parir, ha empezado a dolerme hace un rato, me duele y después se va pero al momento vuelve otra vez.

Irene supo que su hermana estaba de parto, así que se preparó para ayudarla a parir. Puso agua a hervir, y preparó paños nuevos que tenía reservados para el momento, sentó a su hermana en la mecedora y cambió las sábanas de la cama. Después la ayudó a entrar en la cama otra vez, y se sentó junto a ella. La mañana pasó lenta entre las contracciones de la joven Guadalupe, Irene entendió que el trabajo de parto era normal al ser primeriza, y que al menos hasta la noche no alumbraría. A mediodía llegó Nicolás, quien insistió en llamar a una partera pese a la insistencia de Irene en lo contrario, ella había parido en casa con la única ayuda de una vecina. Cuando la partera llegó e introdujo la mano en Guadalupe, la cara le cambió. El bebé estaba de nalgas. La preocupación de todos se hizo visible. La partera trató de ayudar al niño a darse la vuelta, pero le costó mucho trabajo conseguir que apenas que se girara un poco. A las ocho de la noche Guadalupe estaba exhausta, y tuvo un desmayo que la partera aprovechó para maniobrar, consiguió girar al bebé. Cuando despertó le hicieron empujar, pero no conseguían que el bebé bajara. Nicolás se desesperaba por momentos, veía que cada vez que avanzaban un poco, salía un problema nuevo. Guadalupe estaba perdiendo mucha sangre. Tuvo otro desmayo. Eran las doce de la noche. Trataron de despertarla, con paños de agua fría sobre la cara, pero aunque abría los ojos, cada vez parecía más dormida. No consiguieron que empujara más. Guadalupe llamó como pudo a su marido, quien se acercó hasta la cama y le dio la mano.

—Querido mío, sé que amas a mi hermana, que la has amado siempre, no te guardo rencor por haberlo hecho, sé que has intentado hacerme feliz, que me has cuidado como un padre, y aunque me has sido infiel con ella, te perdono, te perdono una y mil veces, porque después siempre has vuelto a mí. Gracias por tu cariño, por tus cuidados, por consentirme —Guadalupe se ahogaba entre lágrimas— por hacerme tu esposa. Te amo y te amaré siempre.

Guadalupe miró a su hermana. Irene no vio rencor, odio, amor, perdón en sus ojos. Solo vio muerte. Sus ojos permanecieron abiertos mientras se le escapaba la vida. Nicolás cayó de rodillas junto a ella, y metió la cabeza en su pecho llorando desconsoladamente.

La matrona llamó a Irene y le hizo preparar una gasa grande, abrió el útero de su hermana y extrajo al bebé, al que consiguió hacer llorar con un buen azote en el culo. Irene tomó a la niña entre sus brazos y la apretó en su pecho. Era el principio de una nueva vida para las dos.

CAPÍTULO XIV

HAMBRE

Una vez huyeron de la casa del campesino que con tan buena fe les había ayudado, Arturo y los hermanos caminaron durante un mes. Hacían caminatas cortas de dos horas diarias, establecían campamento, pasaban un par de días y continuaban. Querían ser sigilosos. Llegaron a la zona desconocida para todos y buscaron un terreno en la que poder asentarse. Faltaba poco para alcanzar las que Arturo había explorado cerca de su pueblo, a lo largo de su vida, acababan de dejar atrás los que conocían sus compañeros de viaje. Asentaron un campamento donde permanecieron un mes más, en el que cada noche salían en una dirección dividiéndose en dos cuadrillas, para una vez tener claro el terreno más seguro, ponerse de nuevo en camino. En esas noches de reconocimiento estuvieron a punto de ser descubiertos por militares que se apostaban en caminos, o a las entradas de los pueblos. Una vez asegurados, se dieron cuenta de que había personas que salían durante la noche a sus propios campos a recoger algo de trigo sin que se notara, para guardarlo antes de la colecta que les quitaría el gobierno. Consiguieron ganarse su confianza y de esa manera ayuda en la confección de la ruta a seguir.

Esos dos meses que pasaron desde la casa del campesino, fueron los más duros para todos, puesto que no tenían para comer más que los conejos y pichones a los que daban caza con la honda, algarrobas, frutos secos y algunas setas salvajes. Por la mañana simulaban que tomaban café hirviendo colando con agua hirviendo algo de trigo tostado que iban robando de los campos por los que pasaban. También fueron los más aburridos, por precaución permanecían despiertos durante la noche, por el día dormían. En esa época conocieron otro grupo de huidos, estaba formado por dos muchachos del pueblo, que eran hermanos, héroes de la resistencia antifranquista que habían sido condecorados en Francia por la lucha antifascismo, pero que se habían tenido que esconder al volver porque aquí las cosas eran muy diferentes.

Las familias republicanas pagaban muy caro apoyar a los guerreros que se lanzaban al campo, de manera que aunque su propia familia les ayudaba, lo tenían que hacer de forma muy disimulada. Al principio les habían acompañado otros muchachos del pueblo, pero sus familiares habían sido torturados, por no decir donde estaban. Una noche habían seguido al hermano pequeño de uno de ellos, al que la madre, angustiada, había metido en un zurrón un poco de comida y un par de mantas, para paliar los efectos del duro invierno, y les habían dado caza. Los dos hermanos habían conseguido huir, y ahora era a ellos a quienes la madre les enviaba comida escondida en la camisa, a través del hermano más pequeño. Les acompañaban dos mujeres a las que habían sacado al campo, por saber mucho sobre la revolución. Y con quienes habían entablado una relación sentimental. Tenían una vida completa, su objetivo era mantenerse a salvo, ocultarse, y luchar hasta el fin de sus días, con la revolución, contra la represión. Se ayudaron mutuamente, colaboraban en las tareas diarias de recogida de alimentos, cocina, reconocimiento del terreno... En ese tiempo descubrieron Arturo y sus acompañantes los entresijos de la revolución que se tejía desde los escondites con mensajes que iban ocultos de mil maneras, personas que se escondían pero seguían luchando por la libertad, sintiéndose libres en su estado permanente de clausura.

Llegaron a pensar en unirse a la lucha, pero el objetivo de Arturo era firme y los convenció de que lo harían al llegar a su destino. Se acordó de su gran amigo Paco, quien para él era un auténtico héroe, y que había conseguido incluso volver a casa, lo que era impensable dadas las circunstancias. Las cosas no cambiaban mucho de pueblo a pueblo, de un mes a otro. La gente pasaba hambre, trabajaba en los campos y en el pastoreo a cambio de poco o nada. Muchas personas se habían visto afectadas por el latirismo, causado por el excesivo consumo de gachas y la falta de carnes y leche. Les afectaba la médula espinal y acababan teniendo parálisis parcial o total. Se había prohibido su consumo un año antes pero esa legumbre económica que poco cuidado necesitaba y aguantaba bien condiciones desfavorables constituía la comida principal de familias enteras. La gente de Alconchel les conseguía periódicos, a veces solo hojas sueltas, que los militares tiraban al fuego una vez leían, y ellos recuperaban en cuánto podían.

La Segunda Guerra Mundial había terminado, el Ejército Rojo había tomado Berlín durante una semana, que estaba rodeada por las fuerzas soviéticas y el Ejército polaco y hubo una ofensiva total contra la capital. El 30 de abril las fuerzas soviéticas habían lanzado el ataque contra el parlamento alemán, dando lugar al suicidio de Hitler, junto a su pareja Eva. Después llegó la rendición del mariscal. Muchos vecinos del pueblo que habían participado en la guerra civil española, se sentían como si ésta hubiera sido un ensayo de la Segunda Guerra Mundial. Tenían compañeros que habían ido a luchar contra Hitler. Unos eran comunistas y prisioneros que querían cruzar el frente junto a la División Azul para seguir la lucha contra el fascismo. Otros, republicanos que querían limpiar su pasado y trazarse un futuro ante el nuevo régimen. La mayoría de ellos lucharon mano a mano en la División junto falangistas, miembros de organizaciones juveniles pro franquistas, rusos y militares de carrera. Más tarde, en cuánto pudieron, algunos pasaron al otro bando. De los rojos que habían luchado en la Guerra Civil, muchos fueron capturados y llevados a los campos de concentración de Francia, donde se habían reorganizado, formando la Nueve, liberando Francia de los nazis. Después actuaron en diferentes operaciones, como la del ataque al Nido del Águila, en el que cayó Hitler. Los que se habían quedado aquí, bien por miedo, bien por tener cargas familiares a las que no quisieron renunciar, miraban con melancolía hacia ese viaje a 6000 kilómetros en el que nunca se embarcaron.

La noche del 1 de mayo en aquellos campos se celebró el fin de la Guerra, Franco ya no enviaría apoyos, ya había devuelto con creces los favores prestados durante la Guerra Civil. Al fin España podría ser libre. En uno de los periódicos se decía que se habían enviado miles de toneladas de gasolina, trigo, carbón, petróleo, además de cantidades extraordinarias de materias primas como algodón, cáñamo, madera, caucho... Aquella noche cuando después de festejar los pueblerinos sacaron el plano que estaban confeccionando, se dieron cuenta de que, en parte por desconocimiento, en parte por evitar ser descubiertos, habían tardado mucho tiempo en recorrer una distancia demasiado corta en dirección al pueblo de Arturo. Se habían desviado al bordear pueblos y caminar entre los campos. Procuraron trazar un camino más directo que les llevara con más rapidez a su destino. Siempre que les fuera posible seguir el plano, irían hasta Montalbanejo, puesto que según les habían indicado los de Alconchel, no era seguro ir por Villalgordo. Después cruzarían en recto por los campos de La Hinojosa, La Almarcha y El Castillo. Poco después llegarían a su destino. Arturo dijo que como mucho les debería de llevar una semana. Así que planearon no volver a asentarse en ningún pueblo más, sino descansar lo justo por el día y caminar lo máximo posible por la noche. Los días se estaban empezando a alargar, tras la llegada de la primavera, cosa que les perjudicaba. No podía parar de pensar en Irene, e incluso recordó cosas que hacía tiempo que tenía por olvidadas. Una de las veces que se habían encontrado en su lugar

favorito, estando Arturo sentado en el suelo y con la espalda apoyada en el tronco del árbol, Irene había tomado las riendas y, subiéndose la falda, se había puesto encima de él, sin preámbulos, y se había comenzado a mover sobre él como si de la montura del caballo se tratara. De solo recordarlo se sonrojó. Ella había descubierto lo placentero que era el sexo, y disfrutaba frotándose contra Arturo a la vez que con sus movimientos recibía en su interior el pene de su amado. Arturo aquella vez y otras muchas no se había podido resistir a ella, siempre estaba preparado para ella, y ella para él. Nunca se habían dicho que no, no había cansancio, ni problemas que les quitaran las ganas de tenerse, de disfrutarse. Siempre que se veían acababan enredados. Desnudos. Satisfechos. Viéndose tan cerca de ella, empezó de nuevo a desesperarse y a apresurarse en las decisiones, cosa que los hermanos intentaban controlar, viendo que el peligro que corrían por tomar medidas precipitadas era para todos.

CAPÍTULO XV

NICOLÁS

El carácter de Irene empezó a endurecerse con los contratiempos. Cada vez veía más lejos su única ilusión, reunirse de nuevo con Arturo y vivir en familia junto a su hijo. Las cosas habían cambiado tanto que empezó a dudar de si algún día él la perdonaría. Pero lo peor de todo es que empezó a pensar que no sabía si ella misma le había perdonado. Todavía dudaba de que su amor hubiera sido real o si únicamente había sido un pasatiempo para él. Cada vez se hacían más presentes los puntos débiles de su hilvanada relación, y empezaba a dudar de los sentimientos que tenía por Arturo. Ahora, que ya se había casado con Nicolás, que estaba esperando un hijo suyo, salvada por él mismo de ser ejecutada; criando un niño de su poderoso marido y de su fallecida hermana, sin familia a la que acudir... la fortaleza de Irene empezaba a menguar a base de golpes. Y lo peor era que ella lo había aceptado. Vivían en casa de Nicolás, donde él la tenía idealizada y la trataba de manera inmejorable. Todo lo que hacía ella estaba bien, a todo le sonreía y cualquier cosa que ella pedía se la procuraba en el menor tiempo posible. Incluso para Irene la vida se había vuelto cómoda y había aprendido a no odiarlo. Solo pasaba. Pero ya no luchaba, ya no sentía, ni siquiera su mirada era la misma. Normalmente caminaba con la cabeza agachada, y los ojos perdidos en algún punto entre la tierra y las piedras de las calles de su pueblo. Caminaba despacio, desganada, y nada más Currete conseguía arrancarle alguna sonrisa, que normalmente precedía a una lágrima. Un día cuando salió a realizar compras al mercado negro, ella misma había asumido completamente las comodidades de estar en el lado favorecido de la guerra, con su hijo Currete de la mano, y Aurora en brazos, se cruzó con Paco.

—Irene, tenemos que hablar.

—¿Qué quieres Paco?

—Aquí no.

—Paco no sé qué quieres pero no me quiero meter en líos. ¿Bastante he tenido ya en la vida, no crees?

—Irene, tienes que aguantar, me han dicho que Arturo se escapó de la cárcel.

—Bueno, entonces es seguro que vive. Mejor para él.

—Irene...

—Las cosas han cambiado mucho, no somos dueños de nuestras vidas, Paco.

—Tenemos que hacer algo, nos están absorbiendo, tenemos que seguir luchando, el hambre se está llevando a muchos.

Paco recurrió a lo único que sabía que le haría a Irene reaccionar, la compasión por los demás.

—Sí, afortunadamente mis hijos ya no pasan hambre. He tenido que hacer cosas que nunca pensé que haría, pero aquí estamos. No sé si habría sido mejor que muriésemos de hambre todos.

—Irene aún tienes el molino. Podemos esperar a la cosecha y sacar dinero sin que nadie se entere. Piénsalo.

—Adiós Paco. Me alegro de verte.

Irene siguió su camino, su corazón se había helado, y la vida pasaba por ella sin más. Una vez en casa se sentó un poco frente a la lumbre, intentando aclarar sus pensamientos. Las palabras de Paco retumbaban en su cabeza. Arturo estaba vivo y había logrado escapar de la cárcel. Recordó que hacía mucho tiempo que no le escribía cartas. Pensó que de tenerlo delante de nuevo no sabría muy bien lo que decirle. Se le aceleró el corazón solo con la idea de verlo de nuevo. Quizá no necesitarían palabras, pues sus miradas, sus caricias, los besos, lo dirían todo. Pero podría ser que él no la perdonara nunca. Sintió, tristeza y miedo. Notó como su respiración se hacía irregular, y por mucho que boqueaba el aire no le llegaba. ¿Qué pasaría con Nicolás? Él se sentía inmensamente feliz. La vida le sonreía. Tenía un trabajo que le había posicionado muy bien social y económicamente. Vivía en un hogar con su esposa, con sus hijos Currete y Aurora, y estaba esperando el tercero. Su padre seguía siendo el alcalde del pueblo lo que reforzaba que Nicolás pudiera hacer y deshacer a su antojo. Aun así no lo tenía fácil. En el pueblo la gente hablaba mucho sobre su situación con Irene, y también por criar como suyo el hijo de otro. Mantener las apariencias se estaba complicando cada vez más. Su abuelo había luchado en el frente nacional en la guerra, al igual que su padre. Dio la vida por la patria y por Franco. Su padre, ahora alcalde, había tenido más suerte, cuando la guerra llegó al pueblo y tuvo que ponerse en marcha para luchar, conocía perfectamente a las personas del pueblo que pertenecían al bando comunista, lo que no se esperaba es que dicho bando reclutara a su propio hermano. Raimundo vivía en casa de sus padres, así lo había decidido al morir su esposa. De esa manera su madre le echaba una mano en el cuidado de su hijo, que tenía ahora diez años, Nicolás. La noche que los llamaron a la guerra, estaban cenando en familia, doña Fina, los hermanos Raimundo y Braulio, y Nicolás, el hijo de Raimundo. El patriarca había fallecido. Primero se lo llevaron a él, vinieron los nacionalistas y lo obligaron a salir de la casa sin apenas despedirse de su madre y su hermano. A medianoche, cuando estos ya estaban en la cama, los del bando republicano llamaron a la puerta y cuando la madre abrió, de un empujón entraron y sacaron a su hermano Braulio de la cama, se lo llevaron para luchar con ellos. Durante unos días ambos frentes prepararon la estrategia sobre el terreno, durmiendo en las trincheras por si el bando contrario se adelantaba en el ataque. Unos días después el bando republicano empezó la batalla y Raimundo, preso del miedo al ver llegar las balas hasta donde estaba, disparó tras la trinchera. Aquella noche se ganó el mote de ‘el sanguinario’, por su destreza en el manejo del fusil. Fue una noche larga llena de sensaciones diferentes. Raimundo se había dedicado al campo junto a padre, quien a su vez había heredado tierras del suyo, y se había hecho con un nivel económico muy bueno para lo que era el pueblo. Para él luchar en el bando franquista, era un honor y un homenaje a su padre. Braulio procuró mantenerse al margen, le encomendaron abastecer con munición los que estaban en primera fila, y así lo hizo, aunque retrasándose en la medida de lo posible. Cuando amaneció y salieron de la trinchera, una vez declarado el alto el fuego, con la batalla ganada y dispuesto a volver a casa, Raimundo vio a su hermano, fallecido, entre los cuerpos de los republicanos. Sintió rabia y odio a partes iguales. Nunca supo si su hermano había muerto a causa de una de sus balas, pero aquella noche le pesó en el alma como una cruz. Al volver a casa abrazó a su madre y a su hijo Nicolás, y lloró durante un día entero. Doña Fina murió un año después, dicen que de la pena de sentir cómo un hermano había matado al otro. Raimundo se repuso con el tiempo, pero aun de vez en cuando suspiraba y se le oía decir: “con lo bien qué podríamos estar ahora” decía siempre. Aquel capítulo de la guerra le sirvió a Raimundo de trampolín para alcanzar la alcaldía en el pueblo. Una vez heredadas todas las tierras al fallecer su madre, contaba con una buena posición económica y política. En cuánto los abogados dejaron de ser perseguidos por los nacionalistas,

depurando de la profesión a todo aquél que fuese defensor de los ideales republicanos, indujo a su hijo que estudiara la carrera. Quedaron tantas vacantes que nunca le faltó trabajo. Irene se había quedado absorta en sus pensamientos y cuando se dio cuenta su marido, Nicolás, entraba por la puerta. Era la hora de comer pero no solo no había preparado nada, sino que además la compra seguía en la cesta, sobre la mesa.

—¡Esposa mía! —le besó en la mejilla mientras con la mano acariciaba su barriga— ¿te encuentras bien? —se mostró preocupado.

—Sí —Irene trató de sonreír—, estoy bien. Ahora mismo preparo la comida.

Se levantó y como un autómatas preparó unas gachas para comer. Con sus pensamientos puestos en la forma de cambiar las cosas.

CAPÍTULO XVI

UN PLAZO

Paco pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas. Había luchado con veinte años junto a su padre contra Franco, y al acabar la guerra se había visto obligado a huir. Durante mucho tiempo estuvo escondido en los campos, con otros compañeros, organizando la lucha. Finalmente las cosas se fueron poniendo difíciles y trataron de huir a Francia para mantenerse con vida, pero poco antes de cruzar la frontera fueron capturados y llevados a un campo de concentración al otro lado de los Pirineos, donde vivieron en condiciones deplorables. Al tomar los alemanes Francia fueron alistados por los franceses, pero una vez en el frente, el padre de Paco lo mandó de vuelta a España, donde se habían dejado a la espera a la madre y una hermana. Cuando llegó a casa tras largos meses de camino, no encontró a nadie. Por los rumores de la gente supo que a las dos las habían torturado para saber donde estaban su padre y él, sin conseguir nada. Después habían desaparecido sin más. Nunca supo si habían huido, si las habían llevado a la cárcel, o si las habrían fusilado y tirado a cualquier fosa común. Para poder volver al pueblo sin represalias entregó al alcalde un informe que había conseguido que le firmara un compañero que también había huido, pero que estaba infiltrado en el ejército que Franco había enviado a Francia, en el que decía que Paco había luchado en París contra la Novena compañía, siguiendo así los intereses de Franco. De esa manera el alcalde lo había admitido como adepto al régimen, de otra forma hubiese sido apresado según decreto de Franco, condenado a seis años y un día de cárcel en caso de no tener antecedentes, o si los hubiera tenido, incluso a ser fusilado. Paco no soportaba la opresión que veía en la gente del pueblo, trabajaban duro en la cosecha, y cuando la llevaban al molino, la Fiscalía se la quitaba. Todo era propiedad del Estado. El pueblo moría de hambre y sufría las consecuencias de una guerra fratricida innecesaria. Y no solo eso, ya no les pertenecía la vida, los actos eran medidos bajo la vara dictatorial, y únicamente los pensamientos eran propiedad de uno mismo. Parecía que la gente se había rendido y él no estaba dispuesto a aceptarlo. Había tejido un plan. El molino seguía siendo propiedad de Irene. Paco sabía que durante mucho tiempo Irene se había hecho cargo de él. Los campesinos llevaban su trigo, lo molían, le daban a ella una pequeña parte, inferior a un kilo, y otra parte no mucho más grande era para ellos, el resto se lo llevaban todo las autoridades. Desde que Irene estaba en casa de Nicolás apenas se había preocupado por el molino. Simplemente lo dejaba abierto por el día para que la gente lo usara. Por la tarde iba, y lo cerraba antes de que anocheciera, conforme a las ordenanzas. Todo controlado por la Guardia Civil. Paco se enteró de que Nicolás a veces tenía que viajar a Madrid por temas laborales, convencido de que las vacilaciones llevan al fracaso, fue a casa de Irene dispuesto a lograr su propósito.

—¡Estás loco! Si alguien te ve aquí nos buscamos un problema gordo.

—Irene escucha. La cosecha está a punto, tenemos que conseguir moler trigo por la noche. Los campesinos ya están avisados y no dirán nada. Tendrán para comer. Y todos darán costales de trigo para subvencionar los gastos de la guerrilla, según sea su cosecha una proporción que pasará desapercibida —los ojos de Paco brillaban con ilusión.

—Eso es peligroso. Vas a ponerte en peligro a ti y a esa pobre gente.

—Lo tenemos todo organizado. Desde la cúpula del partido van a enviar a tu marido una carta que le llamará a ir a Madrid donde lo tendrán entretenido al menos dos semanas, será dentro de tres semanas, coincidirá con el fin de la siega. Los campesinos dejarán el trigo en el molino al caer la noche. Y nosotros iremos a medianoche a molerlo. Después ellos se lo llevarán de madrugada, y esconderán los costales en el bosque antes de que los militares lleguen al pueblo.

—No... —Irene dudó.

—Irene es la oportunidad perfecta, esto hay que moverlo, te has acomodado a esta vida, pero ni tú estás bien ni nadie lo está. Eres como un pliego de papel arrugado, chafado, maltratado... pero tú eres tú, y nadie te puede quitar tus sentimientos.

—Déjame pensarlo —se levantó y le acompañó hasta la puerta. Cuando la iba abrir Paco se paró y se giró.

—Ah, tengo que decirte algo importante —Paco se había guardado la noticia para el final—. Eulogio ha vuelto al pueblo, coincidió en la cárcel con Arturo. Dice que al poco de huir, un guardia volvió del bosque diciendo que lo había matado.

La cara de Irene cambió. Sintió el frío correrle por el cuerpo. El corazón se le encogió hasta sentir la fuerza de sus latidos en las sienes. Se tuvo que apoyar en el dintel de la puerta para no caer. Notó cómo el niño que llevaba en sus entrañas se movía inquieto. Llevó la mano hasta su vientre y lo acarició.

—Tres semanas, estaré preparada —concluyó.

CAPÍTULO XVII

EL REGRESO

Amanecía cuando Arturo vio el molino de Irene aparecer en lo alto de la meseta. Sus ojos se llenaron de lágrimas y detuvo el paso. No había sido nada fácil llegar hasta ahí. Durante los cuatro primeros días habían avanzado seguros. Pero en el pueblo vecino al suyo, al ir a pasar la frontera, la guardia civil había disparado al verlos esconderse entre los árboles, y Diego y Tomás habían caído. Los siguientes días, el resto había estado divagando hasta encontrar una ruta segura de nuevo. Casi una semana más habían tardado. Las muertes pesaban sobre los hombros de Arturo, que sentía cada vez con más fuerza que iba arrastrando al desastre a la gente que lo acompañaba. Deseaba estar en su casa, volver a ver a su gente, sentirse a salvo. Se imaginaba bajo la encina abrazado a Irene, y simplemente durmiendo tranquilo. Habían llegado a su pueblo solo dos hermanos de los cinco que había conocido. Únicamente dos disfrutarían de ese paraíso prometido. Se acordó de Manolo, ¡qué gozo le hubiera hecho a Arturo compartir con él las vistas de su pueblo! Arturo los llevó hasta donde estaba el campo de olivos en el que se había escondido Luisito. Junto a la frondosa extensión se dibujaban los campos de trigo, y siguiendo el camino, la alameda en la que tantas veces había disfrutado de la compañía de Irene. Por primera vez en años sintió cómo su cuerpo revivía, un escalofrío recorrió su columna y sintió ganas de correr hasta la casa de ella. Establecieron el campamento en un terreno llano que quedaba más bajo que el resto. Los dos hermanos que quedaban vivos estaban consternados por lo ocurrido, habían perdido toda ilusión y se dejaban llevar por Arturo. Él organizó la zona desmontando los bultos que habían traído con ellos. Se dispuso a cazar para hacer algo de comer. Se empezó a notar cómodo al tener la ventaja de conocer los alrededores. Revitalizó, su motivación era tan alta que apenas notaba la tristeza de sus compañeros de desventuras. Salió por un camino que colindaba con los olivos, en dirección contraria hacia el pueblo. No pudo evitar detenerse cuando estaba en lo más alto, para girarse a contemplarlo. A la derecha el molino de Irene quedaba tan alto como la iglesia, que se situaba a la parte contraria de la imagen. Entre una cosa y la otra, las casas que se encontraban en la parte más alta del pueblo. Por delante se veían las demás casas, en progresión de altura. Su corazón se aceleró al ver la casa donde Irene había vivido con Juan Antonio. No pudo evitar sentir tristeza. Por todo. Por cómo les había sucedido la vida. Por no haber cogido a Irene y habérsela llevado de allí antes de que los errores y la muerte lo pudieran todo. No se había planteado que Irene pudiera haberlo olvidado. Siempre la soñaba con su pequeño, en casa, esperándolo a él. Notó que la casa se veía descuidada, las paredes, que antes habían sido de cal blanca, se veían amarillentas, las ventanas de madera se habían roto y nadie se había molestado en arreglarlas. Sintió una punzada en el pecho. ¿Ya no estaban ahí? ¿Qué habría sido de ellos? Se quedó paralizado, quería ir hacia el pueblo, preguntar al primer vecino que encontrara... En ese momento llegó por detrás Julio. Al ver a Arturo se dio cuenta de sus deseos, e intentó disuadirle, disimuló y dirigió la conversación y sus pasos hacia el otro lado.

—Te acompaño a cazar, estamos hambrientos —con el brazo acompañó el hombro de Arturo a dar media vuelta—, con suerte tendremos alguna liebre antes de que anochezca.

—Vamos —dijo Arturo mientras se giraba, aunque dio su espalda al pueblo, la parte no física de su cuerpo se quedó en esa parte del camino, mirando al contrario, corriendo en mitad de la noche hacia casa de Irene, buscándola y encontrándola a salvo.

CAPÍTULO XVIII

EL LARGO VIAJE

A últimos de Abril llegó a casa de Nicolás un telegrama urgente en el que se le requería en Madrid para una gestión administrativa relacionada con la Falange. Irene se sentó frente a su marido aquella noche, mientras con la aguja de ganchillo tejía un pelele para el bebé que pronto nacería.

—Nicolás, ¿tú crees que podríamos hablar con alguna chica joven? Me siento muy pesada y con los dos niños tan pequeños y tú de viaje... —dejó caer los ojos en plan interesante, aunque sintió por dentro el remordimiento de saber que era mentira, y la pena de que la mayoría de las mujeres en la misma situación jamás tenían ayuda alguna, es más, casi todas además tenían que ir al campo a trabajar duro.

—Claro, amor. Hablaré con mi padre, que seguro que me recomienda a alguien.

—No hace falta, yo creo que conozco a alguien que me podrá ayudar.

Irene no le dijo que se trataba de la hija de la Petra, ya que enseguida Nicolás hubiera sabido que su esposa quería meter en casa a la hija de un rojo, incluso no sabría nunca que la misma pertenecía a las JSU, y que vendría directamente recomendada por Paco, a quien tanto odio le tenía. Irene le ayudó a preparar las maletas para dos semanas, el tiempo que pasaría fuera. Antes de irse, Nicolás se sentó junto a ella en la cama, y apoyó la cabeza en su regazo, junto a la barriga repleta de Irene. Le habló al hijo que esperaban, le prometió que volvería pronto. Esperó una caricia de Irene, alguna vez le había pasado la mano por el camino de pelo. No llegó. Él la abrazó por la cintura hasta donde abarcaron sus brazos, y le besó el vientre con amor. Irene sintió de nuevo la culpa azotar su alma. Levantó la mano y la puso en el hombro de Nicolás, en un intento de abrazo desinflado.

Por la mañana Nicolás se levantó con pesar. Abandonar a Irene y a los niños en ese momento era lo que menos hubiera esperado. Irene le preparó el desayuno, y lo miró mientras desayunaba. Era un hombre guapo. Con la madurez sus facciones se habían endurecido, pero seguía manteniendo la esencia de un joven alegre. Irene se dio cuenta de que lo había perdonado. Por todo. Por no dejar de quererla, por haber tenido en cuenta sus deseos sexuales por encima de los de ella, por no haber sido su amigo hasta que no había marcha atrás. A su manera había aceptado la situación, y aunque no lo amaba y nunca habría podido enamorarse de él, de alguna manera lo había perdonado. Le había hecho la vida muy cómoda y no es que estuviera enamorada de él, pero ya no le disgustaba cuando se le acercaba. Podría decirse que sus sentimientos se asemejaban a los que las personas secuestradas tienen con sus secuestradores. Aceptaba las violaciones, a las que se había acostumbrado tanto que aceptaba como relaciones matrimoniales. Aunque ese estado de apariencia permanente la desgastara por dentro. Se había sentido tan feliz en otra época que creía que ahora era egoísta al no sentir eso por su esposo. Él, que tanto había hecho por ella. Irene despertó a los niños, que salieron a despedirse. Para Curro era el tío Nicolás. Lo había acogido en su casa siendo muy pequeño pero Irene siempre había procurado que se mantuviera la forma de dirigirse a él. Aurora idolatraba a su padre, en su caso ella había notado como la sangre la atraía,

y aunque Irene siempre la había cuidado y la había querido con la pasión de criar a la hija de su hermana muerta, aunque la niña no hubiera conocido otra madre pese a que Irene no había consentido que la llamara mamá, sino que desde el principio se le había dirigido como su tía... aun así, para Aurora, Nicolás era lo que más quería en el mundo, y a su corta edad, se lo hacía saber. De manera que salió andando a saltitos, con su pelo rizado enrollado sobre la cabeza agitándose al compás de sus piecitos, y le abrazó las piernas con todas sus fuerzas. Eran una familia, con sus extrañezas, con sus parentescos raros, con su poco o mucho amor; pero al final ¿qué hace que unas personas sean una familia? ¿El hogar? ¿La convivencia? ¿La sangre?

Nicolás salió a la puerta seguido de la comitiva. Los niños se abrazaron a él, sin ánimo de soltarlo. Irene miró a su esposo con tristeza, pero esbozó una sonrisa. Nicolás cogió la maleta, empezó a caminar despacio, no sin sentir en su corazón que algo no iba bien. Se dirigió a casa del taxista, donde su esposa le dio el recado de que venía de dejar a otra persona y que lo esperaba en el camino de entrada al pueblo. Nicolás maldijo entre dientes por tener que caminar casi un kilómetro más cargando con la maleta. Y no solo eso, cuando llegó al punto indicado vio que no había nadie. Después de esperar casi media hora se impacientó, y decidió dirigirse a otra entrada que había al pueblo, más al este, que no era la principal, por si no hubiera entendido bien. Tuvo que atravesar una pineda que quedaba entre un camino y el otro, por no pasar por dentro del pueblo. Notó demasiado silencio incluso para lo temprano que era. El susurro de las hojas al bailar con el viento le hizo estremecerse. Cuando iba por la mitad, se sobresaltó, pues unos pájaros salieron volando alborotados desde un par de árboles que quedaban por delante de él en el camino. Se detuvo. Escuchó. No oyó nada. Reanudó el paso. De repente todo se hizo oscuro a la vez que notaba cómo lo cogían fuerte desde la espalda, y le ponían una capucha. Oyó voces que le gritaban tratando de no hacerlo, y notó empujones y el arrastrar de sus piernas llevado por alguien que lo agarraba por debajo de los brazos. Sintió que los matorrales secos le arañaban los tobillos, descubiertos por el forcejeo. Un fuerte golpe en la cabeza. Todo se hizo negro oscuro.

Cuando despertó era de noche y estaba atado a un árbol. Sintió humedad en su frente, y un fuerte dolor de cabeza. Cuando pudo abrir los ojos del todo vio su camisa y sus pantalones llenos de sangre, le goteaba de la frente. Tiró la cabeza hacia atrás. Vio a Paco. Estaba sentado frente a él, delante del fuego. Trató de desatarse, sin conseguirlo. Paco se levantó de un salto del tronco en el que se encontraba sentado y se acercó a él.

—¿Qué, abogado? ¿Cómo nos encontramos? ¿Qué tal le ha sentado a usted la siestecita? —se mofó.

—¿Qué haces Paco? ¿Qué quieres de mí? —balbuceó Nicolás, el dolor de cabeza apenas le dejaba pensar.

—No quiero nada de ti. Quiero que dejes en paz a Irene.

—Irene es mi esposa, de no ser por mí estaría muerta.

—¡Hijo de puta! —le asestó una patada en la cabeza. El grupo de Paco corrió a detenerlo—. Paco para, lo vas a matar.

—¿Qué os importa a vosotros este desgraciado? —contestó rabioso.

Miró con desprecio a su presa, había perdido el conocimiento, la cabeza le colgaba hacia abajo y estaba sangrando abundantemente por la boca y la brecha de la frente.

—Desatadlo, tumbadlo —dijo mientras volvía al tronco, frente al fuego.

Quería acabar con él, su plan para llegar hasta el molino estaba en marcha. Necesitaba el camino libre. Se sintió mal por haber utilizado a Irene. Él había preparado la carta que había llegado a Nicolás citándolo para ir a Madrid. Aunque sus aspiraciones eran altas no estaba en

contacto con la élite del partido. De momento se conformaba con ser el cabecilla de la rebelión que se empezaba a mover en el pueblo. Él mismo había reclutado a varios amigos de la infancia, a los que se había asegurado de tener a su lado en el tiempo que llevaba en el pueblo. Había sentido tantas veces ganas de matar a Nicolás...pero ahora que lo tenía delante se sentía contrariado. Tal vez sería bastante retenerlo el tiempo suficiente para saquear el molino. Pero eso llevaría al menos un par de meses, y tenerlo retenido era contraproducente para su plan, tenía que dejar a alguien vigilándolo, escondido en el bosque.

—Iros a casa todos, yo me quedaré con él esta noche —les dijo a sus amigos.

Necesitaba estar solo, pensar. Cuando se quedó solo sintió ganas de hablar con Nicolás, darle la oportunidad de disculparse por haber pasado por encima de tanta gente, por vivir de forma acomodada cuando la gente moría de hambre...incluso por haberse apoderado de Irene sin necesitar permiso de nadie.

—Eh tú —le dijo poniéndose en cuclillas frente a él. Pero el abogado no se movió. Estaba tumbado boca abajo.

—¡Abogado! —le dio la vuelta con la punta del pie.

Del susto se cayó hacia atrás. Al quitar a Nicolás había quedado al descubierto un gran charco de sangre, la cara no se le veía, entre la sangre y la tierra que tenía. Nicolás había muerto. ¿Desangrado? ¿Ahogado en el charco de sangre? Paco sintió cómo le faltaban las fuerzas. Tenía miedo pero debía pensar. Los demás llegarían temprano. Decidió no decirles que Nicolás había muerto. Lo podían acusar de asesinato. Arrastró el cuerpo por el campo hasta llegar a las tierras de Arturo. Preparó troncos y lo echó encima, sacó una garrafa de gasolina de la que tenía para el tractor, y le prendió fuego. Sintió miedo de que la hoguera se viera desde el pueblo, pero empezó a amanecer y la luz del día equiparó la de la hoguera. Volvió al campamento y vio la maleta del abogado. La llevó hasta el fuego, echó más leña y volvió al lugar de encuentro. Tapó la sangre, que ya se había absorbido casi en su totalidad, removiendo la tierra y poniendo piedras y troncos encima. Estaba exhausto, cuando los chicos llegaron les contó que Nicolás había escapado y que había corrido tras él pero no lo había alcanzado, y que necesitaba descansar. Se fue hacia casa. Nada más entrar al pueblo se encontró con Irene.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella con tono misericordioso al ver su aspecto.

Los niños miraron a Paco, y éste se derrumbó. Se puso a llorar ahogado por la angustia, cayó de rodillas al suelo y su lamento fue un grito doloroso y amargo. Irene se arrodilló frente a él y lo abrazó para calmarlo.

—He matado a Nicolás —dijo Paco entre sollozos—, lo he matado.

CAPÍTULO XIX

SOMBRAS EN EL MOLINO

Una noche oscura, en la que apenas la estrella polar aportaba algo de luz, estaba Arturo sentado a la orilla del camino, mirando hacia el pueblo, observando su quietud, su silencio, su misteriosa soledad nocturna. Las casas cerradas a cal y canto, las ventanas con las persianas de madera o de esparto, ocultando la privacidad de las familias que se recogían dentro. Miró la casa de Irene, tan abandonada, tan desolada. Un pellizco en su corazón le hizo girar su mirada hacia el molino. Podría ser que Irene se hubiera ido a vivir a casa de sus padres, tras la muerte de su esposo. La oscuridad le jugó una mala pasada, le pareció ver sombras moviéndose. Su corazón se agitó, se puso en pie, de un salto. Fijó la vista en la puerta del molino, que quedaba justo del lado que se veía desde donde estaba, y efectivamente, vio movimiento. Se quedó paralizado, pero pronto se movió en horizontal, a través de los campos, acercándose cada vez más. Cuando estaba a casi mitad de camino, vio cómo el molino se ponía en marcha. Se detuvo. Podría ser la guardia civil... pero no. No. Hubieran encendido luces, o hubieran esperado a que se hiciera de día. Su intuición le decía que Irene estaba cerca. Continuó caminando hasta llegar al campo de trigo que pertenecía al molinero. Pocas posibilidades de ocultarse tenía entre su posición y el molino. Valoró el riesgo, pero no le importó. Sus movimientos se guiaban por impulsos eléctricos, sus músculos eran movidos por los latidos de su corazón. Se tumbó en el suelo y se arrastró hasta la puerta del molino. Estaba abierta. Permaneció oculto entre las espigas de trigo, esperando que alguien saliera. No tardaron mucho sus dudas en disiparse. Al poco de estar ahí, vio salir a Paco, seguido por una Irene más que embarazada. Arturo enloqueció. No lo podía creer. ¿Irene y Paco? ¿Su amigo Paco? ¿Su Irene? No podía ser. Sus latidos se aceleraron hasta sentirlos en la nuca. Su boca se secó hasta el punto en que la lengua se le pegó al paladar. A duras penas podía boquear algo de aire. Estuvo tentado a levantarse, a pedirles explicaciones. ¿Pero qué explicación les iba a pedir? Si se veía claramente todo. Pensó que se despedirían con un beso, que se darían de la mano. Por un momento se le nubló la vista. Los celos se le cruzaron por delante. Los vio andar hacia el camino que llevaba al pueblo. Se puso en pie y tuvo que contenerse para no seguirles. Se giró y salió corriendo. Paco e Irene se giraron asustados.

—¿Has oído eso? —preguntó Irene desenchajada.

Se mantuvieron en silencio y buscaron el origen de los pasos que corrían a través de los trigales. No supieron de qué se trataba. Por un momento Paco creyó que se trataba del malparado Nicolás. Siguieron su camino, con urgencia anduvieron hacia casa. Arturo llegó al campamento armando más escándalo del que esperaba. Los hermanos salieron de sus escondites, alertados.

—¿Qué pasa? —dijo Julio. Arturo no podía hablar, estaba desbocado. Se quedó agachado, con las manos apoyadas en las rodillas, y la mirada puesta en el molino.

—Arturo, dinos algo.

—Irene...el molino...Paco —cogía bocanadas de aire y movía los brazos señalando al molino.

—¿Has ido hasta ahí? Estás loco.

—Es que los he visto...los he visto juntos...está embarazada. Ella está preñada —Arturo comenzó a llorar en un grito desesperado.

No lo podía creer, tanto esfuerzo para nada. No podía entender esa traición. Ni por un solo momento hubiera pensado que Irene hubiera rehecho su vida. Menos aún con su mejor amigo. Aquella noche apenas pudo dormir. Sus pesadillas pasaron desde Manolo y Eulogio hasta Paco e Irene. Pasando por Juan Antonio y Macarena. Por la mañana se despertó sudoroso, y con mucho frío. Los hermanos lo miraron, porque no se podía levantar. Notaron que tenía mucha fiebre. Estuvo tres días y tres noches durmiendo, entre delirios y gritos al despertarse. Pasado este tiempo mejoró y se levantó como si no hubiera pasado nada. Se aseó en el riachuelo. Se afeitó a navaja y se peinó con un cuidado que hacía mucho tiempo que no tenía. Estaba dispuesto a encontrarse con Irene, aunque le pudiera costar la libertad, o incluso la vida. Pues para él ya no había vida sin ella.

CAPÍTULO XX

EL DESCUBRIMIENTO

Pasadas las semanas Irene empezó a preocuparse. Desde que Paco le había confesado que había matado a Nicolás, no habían hablado del tema. Y pronto tendría que dar explicaciones. Su suegro no paraba de preguntarle, cada vez que la veía. Pero ella siempre le decía lo mismo. Que no había tenido noticias, que ya debía estar a punto de volver... Le comentó a Paco su preocupación aquella noche en el molino, mientras molían el trigo para que los campesinos se lo llevaran después para esconderlo.

—Paco, tenemos que decir algo.

—Irene es mejor que no digamos nada. Él se marchó por trabajo, vete tú a saber lo que le podría haber pasado. Cualquier republicano que lo conozca lo hubiera matado gustoso. En los tiempos que corren parece mentira que estés diciendo esas cosas. Si es lo más normal. Por uno de ellos que desaparezca no vamos a poner el grito en el cielo. ¿Cuántos de los nuestros han desaparecido? ¿Cuántos Irene?

Ella no contestó. Le pareció absurdo haber sacado el tema con él. Estaba fuera de sí, solo le importaba el saqueo al molino y poder distribuir y vender ese trigo. Solo quería la revancha, sentirse poderoso por un momento. Sentir que podía engañar a los que estaban en el bando ganador, no sentirse vencido. Ni siquiera ya le preocupaba la muerte de Nicolás, ni para bien ni para mal. Prácticamente se había olvidado de ese suceso. Solo cuando estaba en casa con sus pequeños, y les miraba a los ojos, un remordimiento le cruzaba el cuerpo, como un cuchillo, partiéndola en dos. No duró mucho su tranquilidad. Un campesino, que pasaba montado en una mula, desde sus campos hacia el pueblo, tuvo que parar a hacer sus necesidades, con tan mala suerte para Paco que paró en su campo, justo donde había puesto a quemar el cuerpo el hijo del alcalde. La visión fue esperpéntica, el cuerpo negro, medio comido por los animales, se veía por encima de unos troncos casi quemados. Las autoridades pronto avisaron al alcalde, como máxima autoridad en el pueblo, debía dar fe del levantamiento del cadáver.

Don Raimundo se encontraba despachando papeles en el ayuntamiento cuando llegaron los caballos al trote a la plaza. Mandó al secretario a asomarse a preguntar por tal escándalo, a lo que los guardias reclamaron la presencia del alcalde. Dejó lo que estaba haciendo y salió a atenderlos, le dijeron que se había encontrado un cadáver en el campo y que necesitaban de su presencia. Lo subieron a uno de los caballos y lo llevaron al lugar. Conforme se acercaban le explicaron que el que lo había encontrado, les había contado que era en las tierras abandonadas de un campesino llamado Arturo, que había sido encarcelado años antes.

El cadáver se encontraba en muy mal estado por lo que sería difícil que alguien lo pudiera reconocer, pero habían dejado a sus compañeros vigilando el cuerpo y revisando una maleta que se había encontrado a un lado del cadáver.

Cuando subían por el camino, el alcalde vio un montón de gente alrededor de los restos de un gran fuego, el campo, que antiguamente había sido de trigo, había propagado el fuego en casi toda su extensión. Don Raimundo bajó del caballo, y anduvo a pie desde el camino hasta el centro de la

hoguera. Vio cómo dos guardias estaban intentando abrir la maleta por la parte de la cremallera, con cuidado, puesto que ésta apenas había sufrido daños, solo la tela de fuera estaba un poco oscura por el humo. Como no la podían abrir uno de ellos sacó una navaja y la rajó. Mientras tanto el otro se percató del recién llegado y lo saludó:

—Buenas tardes, señor, hemos tratado de buscar documentación en el sujeto, pero no hemos encontrado nada. La ropa está prácticamente deshecha.

Don Raimundo asintió, y se acercó un poco más al cadáver. Como el guardia le había dicho, no se podía identificar. Ni la ropa, ni el rostro...el alcalde siguió la escena con la vista y sus ojos se detuvieron en la maleta. Estaban sacando la ropa. Se quedó paralizado. Entre las prendas que estaban sacando reconocía un jersey que Guadalupe, su nuera le había tejido a mano a su hijo Nicolás. Se lo llevaba cada vez que se iba de viaje, porque decía que le hacía sentir que estaba más cerca de casa. De la maleta sacaron también unos papeles, firmados por Nicolás.

Lo que sucedió a continuación, el alcalde lo vivió como si lo viera desde fuera. Se sentó en una piedra, medio desmayado. Hiperventiló, se mareó. Gente se acercó a él. Lo tumbaron. Le mojaron la nuca con agua. Él se asomaba, quería ver el cuerpo de nuevo, pero no se podía levantar. Todo estaba nebuloso. Turbio. Trataba de aclarar la vista, pero no podía. Perdió la consciencia, fue raro pero se dio cuenta. Fue cuando quiso ponerse de pie, se empezó a marear mucho y vio cómo su vista pasaba de horizontal a vertical.

Lo último que vio fue el cielo. Y lo primero al despertarse fue el mismo cielo, y cabezas. Se lo llevaron en carro a su casa. Avisaron a su secretario, que le puso el pijama y lo metió en la cama. No recordaba nada más. Pasó unos días en los que no pudo levantarse, el médico lo visitó varias veces y le dio remedio, sobre todo para ayudarlo a dormir.

El día del entierro le ayudaron a vestirse y lo llevaron hasta el cementerio. Nunca se acordó de eso. Perdió la razón. Incluso unos días después del entierro, cuando Irene fue a verlo, le preguntó por su hijo:

—¿Ha vuelto ya mi hijo del viaje?

Irene se moría de remordimientos. Aunque se sentía liberada. En el entierro se había sentido muy apenada, por la forma en que le habían dicho que habían encontrado el cuerpo, porque Aurora y su futuro hijo se quedaban sin padre. Un buen padre, pese a todo. Tras el entierro había seguido saliendo por las noches, cubierta por la chica que cuidaba de los niños por la noche, para que ella pudiera actuar con Paco. Poco a poco se había dado cuenta de que estaba haciendo un bien común. Los campesinos tenían de nuevo algo con lo que alimentarse. Incluso distribuían a los que no tenían tierras y eran pastores, o se dedicaban a otros oficios. Se empezó a usar en el pueblo el trueque, bien a cambio de productos, o de servicios. Paco e Irene siguieron actuando, aunque con más cautela, puesto que los militares andaban investigando el crimen, y estaban atentos a cualquier movimiento extraño.

CAPÍTULO XXI

EL ENCUENTRO

Arturo esperó a la noche, cuando todos se habían dormido, salió camino del pueblo. No sabía si se encontraría con Irene en el molino, si ella estaría en su casa, si estaría en casa de Paco. Le daba igual lo que tuviera que hacer. Pero esa misma noche todo se resolvería. Todo. De la manera que fuera. Se acercó por los campos. Primero iría al molino. Atravesó por entre los trigales, estaban tan altos que disfrutó de su tacto, caminó bien estirado, con las manos arrastrando por las espigas. Cerró los ojos y se sintió como cuando de niño disfrutaba de esa sensación en el campo de sus padres, y cuando los tallos le llegaban a la altura de los hombros, y soñaba que era invisible, sin darse cuenta de que a su paso se movían las plantas delatando su camino. Cuando llegó a la puerta, vio la silueta de Irene. Ella estaba agachada recogiendo del suelo un costal de trigo. Sobre su silueta se dibujaba su abultada barriga de embarazada. Arturo no se pudo contener. Se acercó por detrás, despacio, en silencio, observándola. El tiempo se detuvo para él, sintió el peso del recuerdo, y la ligereza del objetivo cumplido. Cuando Irene comenzó a enderezarse él la abrazó por detrás. Ella notó el abrazo, esa fuerza sutil, que se escapaba entre esos brazos esculpidos. El olor de él. Ambos cerraron los ojos y se dieron tiempo para sentirse. Irene agarró las manos de Arturo, las acarició, y las juntó sobre su pecho apretándolas con fuerza. Tiró la cabeza hacia atrás, buscando el contacto con el cuerpo de Arturo, su larga trenza rozó el antebrazo musculoso. Él llevó sus labios hasta el cuello de Irene, y lo rozó, dejó caer la punta de la nariz, la acarició. La meció entre sus brazos. Irene se giró pero los dos se mantuvieron con los ojos cerrados, él le puso la mano en la nuca y hundió la cabeza en el hombro. Se dieron tiempo, todo el que no habían tenido, todo el que habían perdido. No hubo preguntas ni reproches, no hicieron falta miradas ni besos. Solo dos corazones que latían fuerte y que, ciegos, se dejaban llevar por lo único verdadero que existía en el momento. Su amor. Perdieron la concepción del tiempo, abrieron los ojos, se separaron lo justo para observarse. Se vieron igual que siempre, a pesar de que sus rostros y sus cuerpos estaban muy cambiados. Arturo acarició la barriga de Irene. No podía hablar, no sabía si quería preguntar. Todo lo sentía suyo, a ella, a su descendencia, a la luna que iluminaba sus rostros y a los trigales que los rodeaban.

—Tengo tantas cosas que contarte, amor —Irene quiso calmar la angustia de Arturo cuánto antes—, nunca te he dejado de querer. Ni siquiera cuando me dijeron que habías muerto. Este niño no es fruto del amor. Es todo tan difícil. Me tienes que perdonar por tantas cosas —las lágrimas brotaban de sus ojos sin permiso, de sus ojos abiertos, con la mirada fija en Arturo, en su Arturo, con miedo de cerrarlos para pestañear ni siquiera un segundo, en ese segundo podría perderlo de vista de nuevo, y no quería.

—Habrá tiempo de hablar. Déjame disfrutar de ti, de tu piel, de tus besos —Arturo la abrazó con fuerza, y de nuevo apoyó la cabeza en el hombro de Irene.

Ella le acarició el pelo, y le pasó la mano por la nuca, deslizando cada uno de sus dedos en un tiempo, como cuando se acarician las cuerdas de una guitarra. Recordó una vez que, enfadado, él se dio la vuelta y la dejó con la palabra en la boca, y ella le quiso acariciar de la misma forma

que ahora... y su pelo resbaló entre sus dedos dejando a Arturo escapar, no sin llevarse en su piel un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Vámonos de aquí, nos pueden ver —tiró suavemente de la mano de Irene.

—Amor mío, te he esperado tanto tiempo... esta es nuestra tierra, nuestro hogar. Debes esconderte. Te buscaré. Te encontraré. Te esperaré mil años si es necesario. Ve tú. Nos espera tu hijo. —vio el rostro de Arturo iluminarse de alegría.

No les dio tiempo de andar, la guardia civil salió de entre los árboles. Y los detuvo. Un vecino había denunciado el movimiento nocturno del molino. Los militares habían estado vigilando durante unos días, acompañados por el chivato. Cuando aquella noche, además, había visto a Arturo, sus ojos habían brillado en la oscuridad. Eulogio lo había reconocido en el momento.

—¡Es el preso que escapó de Uclés! —no había esperado ni un momento para delatarlo.

Si su vida hubiera sido por un momento medianamente normal, si por un momento alguien hubiera sentido un poco de amor por él. Si alguien le hubiera mostrado un poco de piedad. Pero no, desde pequeño todos los jóvenes del pueblo se habían reído de él. De adolescente había sufrido el rechazo sistemático de todas las mozas a las que se había acercado. Y de mayor su carácter era tan perverso y solitario que él mismo se había encerrado en un mundo paralelo. Su satisfacción estaba en la desdicha de los demás.

—Seguro que él mató al hijo del alcalde. Estaba liado con esta mujer, como han podido ver ustedes, y ella se había casado con Nicolás, el muerto. Seguro que él lo mató para vengarse. Seguro que lo tramaron entre los dos, para quedarse con todas sus propiedades.

Ni siquiera lo hizo por las treinta mil pesetas con las que le recompensó la guardia civil. A los amantes no les hicieron preguntas. A ella se la llevaron entre dos, cogiéndola de los brazos y las piernas. A Arturo a palos. Los encerraron en las cuadras que habían habilitado en la parte alta del pueblo, donde custodiaban a los detenidos, y desde las que salían las personas a las que ejecutaban en la plaza. Paco escuchó los gritos desde dentro del molino, para cuando se asomó por el ventanuco ya estaban llevándoselos.

Sintió una punzada en el pecho al ver a su amigo Arturo, al oír la acusación que vertía sobre él el chivato de Eulogio. Sintió la añoranza de cuando eran niños, y juntos se reían del pobre chiquillo. Él corría hacia el maestro y lloriqueaba en sus piernas. Durante esa noche, Irene oyó cómo los guardias apaleaban a Arturo, entre las preguntas a las que él no sabía ni podía responder. ¿Has matado a Nicolás? ¿Por qué lo has hecho? ¿Cuándo fue? Y oía más golpes. A Arturo no se le oía. Irene sintió miedo de verdad. Miedo porque lo mataran. Miedo a no volver a verlo. Miedo a que después fueran a su celda, y le aplicaran el mismo interrogatorio, como así fue. No tardaron. Debió ser en algún momento en el que Arturo perdió el conocimiento. Fueron a por ella, le preguntaron por lo que hacía en el molino. Y golpes. Le preguntaban desde cuando sabía que el fugitivo estaba en el pueblo. Y más golpes. Aquella noche Irene perdió a su bebé. Entre un gran charco de sangre lo parió, sola en la celda. El niño nunca respiró. Arturo la oyó gritar, le habló. La calmó. Le abrazó el alma con sus palabras de aliento.

Aquella mañana se volvió a ver a don Raimundo en el ayuntamiento. Y después se quiso ver las caras con los asesinos de su hijo. Ordenó su fusilamiento. Sin más.

Durante todo el día Arturo e Irene se hablaron, sentados espalda contra espalda separados nada más por una fina pared de fría piedra. Se contaron todo. Lo bueno y lo malo. Todo lo que les había sucedido en esos dos años. Irene le habló de Currete, lloró desconsolada por su hijo. Le contó lo de Guadalupe, lo de Nicolás...todo. Arturo le dijo que su único deseo había sido llegar hasta ellos. Amarlos. Los guardias llegaron a la mañana siguiente. Irene y Arturo bajaron por la

cuesta, escoltados, encadenados. Ellos no se dejaban de mirar. Irene solo esperaba que todo acabara pronto. Le temblaban las piernas. Estaba floja por la sangre perdida, y muerta de miedo. El frío se apoderó de ella y cayó de rodillas. Arturo corrió a levantarla pero apenas la dejaron tocarla. Los colocaron delante de la fuente. Sin las cadenas. Se miraron una vez más de la misma forma que lo habían hecho siempre, con libertad, sin ataduras, Con amor, con esperanza. Creyeron en Dios más de lo que habían hecho nunca, dispuestos a marchar juntos con Él. Se sonrieron. Se abrazaron. Irene no pudo ver entre la gente a Currete y Aurora, a los que habían llevado a ver el trágico final. Arturo no pudo ver a Paco, ni a los hermanos, que buscándolo se habían enterado de lo ocurrido. Se dejaron llevar por el abrazo, y, con los ojos cerrados, fueron a la encina. Bajo el susurro de sus hojas se sonrieron.

—¡Apunten! ¡Fuego!

EPÍLOGO

2019

En el moderno salón una Smart tv da las noticias del día. Las paredes blancas, las cortinas de panel japonés. Los cuadros coloridos y abstractos. Junto a la ventana un viejo baúl, que combina con lo nuevo gracias al reciente gusto por lo vintage. Dentro del baúl ropa antigua. En el mueble modular del salón una foto en sepia de Irene, joven, con toda su belleza de mujer antigua. Su pelo rojizo cayendo sobre el rostro. Junto a ella, Arturo, que la mira sonriendo. Su cara morena, sus facciones de hombre de campo, se ve más joven que ella. Detrás el caballo en el que tantas veces dejaron atrás todo y a todos, en el que cabalgaron abrazados entre los campos de secano, entre olivos y trigo. Hasta la encina, la misma que sale enmarcando con sus hojas y ramas todo el interior de la foto. Si no se sabe apenas se nota que son dos fotos que la tecnología ha juntado en una. Es la foto de lo que no pudo ser, o quizá por un tiempo breve fue. La televisión sigue de fondo, mientras un anciano escribe sobre una mesa de cristal. La noticia habla de la ley de memoria histórica, derogada en 2013 por no dotar los presupuestos generales de la partida dotada para esa ley. La presentadora dice que se ha destinado una partida de 15 millones de euros para la reparación a las víctimas del franquismo.

—Abuelo, ¿nos vamos?

—Espera, que quiero terminar la carta —sobre la mesa de cristal, un pliego de papel y el tintero antiguo de Irene. Delante de ellos, Currete, con el pelo blanco, la piel arrugada, y la espalda encorvada por el reuma, escribe como cada martes:

“En junio de 1945 fusilaron a mis padres en la plaza de mi pueblo. Yo apenas tenía dos años, pero recuerdo perfectamente sus cuerpos abrazados, y el ruido de las armas al dispararse. Mi madre era la mujer más fuerte que he conocido nunca. Tuvo que vivir cosas que nadie hoy toleraría. La recuerdo siempre mirándome a los ojos con su enorme sonrisa, y extendiendo sus caricias sobre mi piel. Me contaron tantas cosas sobre ella que solo me puedo quedar con las buenas. Me quiso siempre. Me habló siempre bien de todas las personas que me rodeaban, incluso de mi abuelo Raimundo, que después la mandó ejecutar junto a mi padre, al que conocí el día en que los fusilaron a ambos. Se casó dos veces, ninguna con mi padre, que fue el único hombre al que amó. Encontré sus cartas en la casa que heredó de su primer marido. No hizo daño a nadie, ni mi padre tampoco. Los ejecutaron y se los llevaron a enterrar donde nunca los encontrara nadie. Pero hay papeles, en alguna parte. Están en alguna fosa común de las que en esos años enterraron a muchos republicanos. Para este anciano, que poco tiene ya que desear, sería tan importante que me ayudaran a encontrarlos...”

Currete no puede terminar la carta, se pone a llorar y sus lágrimas emborronan todo el papel.

—Vamos abuelo, yo te ayudaré a terminarla cuando volvamos.

Irene se acerca a él, y de forma suave, le acompaña con los brazos mientras se levanta, hasta que consigue estabilizarse con sus rodillas comidas por la artrosis. Los dos se dirigen a la puerta, donde Irene coge las maletas que hay preparadas en la puerta. Bajan en el ascensor y montan en el coche, camino del pueblo. Con la nueva carretera se divisa el molino desde bien lejos. Currete lo

ha donado al pueblo, para que la gente pueda disfrutar de él como antaño. En las fiestas se cogen todos de la mano rodeándolo y le dan vueltas. La nieta de Currete aparca en la calle de la casa de Irene es lo único que les queda. La casa de Arturo se la quedó la dictadura. A Currete no le hacen falta propiedades, desde que falleció su esposa vive en la capital con su nieta. Sus hijos trabajan demasiado y siempre están fuera. Cuando pueden se escapan al pueblo. Currete se pasea por las cambiadas calles de su pueblo, en la plaza, una enorme fuente redonda y con chorros cubre todo lo que fue la pequeña fuente antigua y el lugar donde se realizaban las ejecuciones. Camina por alrededor del molino y sonrío. Baja por el camino que lleva a la alameda, y cuando llega, se tumba bajo la encina quizá porque siente la llamada de la sangre. El susurro de sus hojas le trae las palabras al oído que le decía su madre. Cierra los ojos y sueña. Sueña con el amor puro e inocente que se tenían sus padres y que después él vivió, en el mismo pueblo, veinte años más tarde y en otras circunstancias. En el amor que no recibió de ellos pero que derrochó con todos y cada uno de sus cinco hijos, y que derrocha hoy día con sus diez nietos. Se acuerda de su madre, que desinteresadamente crio mientras vivió a su prima Aurora, quien después creció en el mismo hogar que él, el de una hermana de don Nicolás, que dentro de la rabia con la que aplicó la pena de muerte a Irene y Arturo, se apiadó de él y le dio el mismo tratamiento de nieto que a la que de verdad era su nieta carnal. Gracias a eso pudo ir a la escuela, y estudiar una carrera, la de abogado. Durante toda su vida ha luchado para que haya justicia, para que se reconozca lo que pasó. Por encontrar a sus padres. Pero ya es tarde. Ya no tiene fuerzas para luchar, solo escribe cartas. Le place llegar al pueblo y que nadie le señale con el dedo, que todos se miren de igual a igual. Que los hijos de unos y de otros vayan juntos ahora al mismo bar, que regentan ahora los nietos del pelirrojo. Sueña que la vida pudo ser tan diferente. Y sobre todo sueña, porque no tiene más que desear, que encuentra a sus padres y les da entierro en la tierra que tanto amaron. Y que los va a visitar y les lleva flores. Y estar en paz.